

# Merfil

Eduard Thost



# Capítulo 1

## **Introducción**

(San José es un país ficticio ubicado al oeste de America del Sur, en el Oceano Pacifico, como un gran país peninsular. En este universo, es el lugar mas misterioso, además de una gran variedad de especies tanto humanas, animales y plantas. De aquí surgen mil y una historias del llamado Universo Thost. Tiene sus propias leyendas, sus criaturas, sus lugares turísticos, sus ciudades, y sobre todo, existen "Las islas bajas" o también llamadas las Islas Prohibidas. Un lugar muy hostil y deshabitado...

Esta pequeña descripción ayudará a ubicar el pueblo de Merfil. Y muy pronto se estará subiendo un pequeño libro hablando de forma mas detallada lo que es San José.

De ante mano, muchas gracias por su atención y por su tiempo estimado lector o lectora, de todo corazón espero que disfrute de mi propuesta creando mi propio universo construido con novelas y cuentos que poco a poco serán publicados, sin mas que decir, comencemos...)

Eduard Thost

## Capítulo 2

### PRIMERA PARTE

#### (Prólogo)

La estadía de Martín en Lifondiu era muy buena, con un buen trabajo en el periódico local de San José, una buena vida en un departamento de muy buena clase era más que suficiente para poder vivir.

No era millonario, pero podía darse algunos lujos que en un principio no pudo darse al pisar por primera vez Lifondiu.

La ciudad principal de Barckross era muy comercial, además que estaba llena de gigantescos edificios, habitantes con la hora medida que caminaban apresurados por las grandes y extensas avenidas. Cuando partió de su tierra natal, tenía miedo. Nunca había estado en una ciudad como aquella, con tanta modernidad, ni cuando era pequeño. Siempre iban de viaje, con su familia, a pueblos cercanos, aparte que, nunca conoció lo que era la playa. Pero todo empeoró a los ocho años. Desde esa época nunca más salió fuera de Merfil, hasta que cumplió los 24 años.

Terminó de estudiar en la universidad de su pueblo. Siempre creía que era una dicha tener una universidad en donde vivía. Y no era cualquier universidad, era una de las mejores a nivel nacional. En San José existían varias universidades de alta categoría, y muy pocas se encontraban en lugares no muy conocidos. Sin embargo, Merfil tampoco era un Pueblito pequeño. Era lo que se llamaba una mini ciudad, oculto dentro de bosques sombríos y frondosos, además de estar rodeado de montañas. Así que, era una dicha y a la vez una maldición haber vivido en Merfil.

Su carrera era Ciencias de la Comunicación, y al no encontrar trabajo, su padre le dio la posibilidad de irse. Pero le dijo una cosa, «No quiero que vuelvas, nunca, por favor hijo» y le besó en la frente. Aquellas palabras crearon en él un sentimiento de tristeza y miedo, pero aceptó.

Por fin saldría al exterior, tal vez en un tiempo lograría ir a America, o tal vez a Europa, exagerando las posibilidades. Pero por mientras era encontrar trabajo y valerse por sí mismo.

Llegó con su mochila y su título, nada más que eso. No tenía familiares o conocidos, así que estuvo un buen tiempo con varias dificultades.

Pasó semanas enviando solicitudes a empresas televisivas y a diarios nacionales. Mientras que trabajaba como cargador en una empresa de bebidas y refrescos. Una mujer que laboraba con él se enteró de su situación, y de buena manera, se le acercó una mañana, mientras

ordenaban cajas en el deposito principal. «Me enteré que buscas donde quedarte a dormir» le dijo a Martín, él asintió con una amable sonrisa. Antes de eso, se hospedaba en un viejo departamento que a veces se quedaba sin agua o sin luz. Esta mujer le contó de una prima, la cual estaba alquilando un pequeño departamento a un buen precio, le dio la dirección y le deseó suerte.

Al día siguiente fue a la dirección que le dio, y una mujer mayor le abrió la puerta. Conversaron sobre el departamento, y al final llegaron a un acuerdo.

Tres semanas pasaron, y cuando revisaba su correo en un cibercafé, se topó con la solicitud del diario S.J. (San José), quienes buscaban a un empleado para una sección especial para su periódico. Sin pensarlo dos veces, se presentó, y milagrosamente le dieron el trabajo. Tuvo que renunciar a su antiguo empleo, el cual le aceptaron sin problemas. Sus compañeros organizaron una pequeña fiesta, donde todos le demostraron el gran cariño que sentían por él al ser una persona honrada, humilde y muy amable. Le escribieron una canción, cambiando partes de la letra y añadiendo su nombre... aquel día Martín lloró como lo había hecho de niño... lloró, como lo hizo al recibir el último abrazo de su madre...

Sus compañeros se dieron cuenta de ello, y el más bromista (quien ya daba muestras de estar ebrio) le sacó varias sonrisas.

Pasaron cuatro años, logró mudarse a un departamento mejor, la paga era buena puesto que aquel diario se vendía muy bien. Hasta ese momento, pasó su vida solo. Se preguntaba si algún día encontraría la mujer perfecta para él, o si llegaría a tener un hijo. Pero por mientras, estaba muy dedicado a su trabajo.

El sentimiento de soledad, mezclado con algún tipo de nostalgia empezaron a invadirlo. Empezó a tener sueños recurrentes con su madre y su padre. Los veía sufrir, llorar... veía el último día de vida de su madre, en un gran charco de sangre... y le pedía auxilio... le pedía que regresara a Merfil a salvarla...

Despertaba siempre a media noche, con ese sabor amargo y ácido de las salivas.

Todo se volvió repetitivo, daba lo mejor de sí en su trabajo, pero se dieron cuenta de su cansancio y decidieron darle una semana de vacaciones.

— Yo no puedo aceptar.... — habló Martín de forma entrecortada.

Lo habían llamado a que hablara con el jefe, o como le decían, Don Juan. Estaban en su despacho, y Martín yacía sentado frente a él.

— Cállese y vaya a descansar por favor. — habló el encargado. — Diga lo que diga no cambiaré de decisión.

Entonces se quitó los lentes y los colocó sobre el escritorio. Posó su vista vieja y apagada sobre Martín.

— Hijo, tu desempeño es muy bueno, y eso es indiscutible. Pero estos últimos días te he visto muy agotado. Necesitas descansar, he dicho y punto, se acabó.

Martín apretó los labios.

— Esta bien Don. Juan...

— Okey... ahora lárguese, no quiero verlo hasta dentro de una semana. — Habló con un sarcasmo típico en su persona.

Martín agradeció y se levantó, caminó hacia la puerta cuando su Jefe volvió a hablar.

— Y no regrese a Merfil.

Aquello dejó un poco sorprendido a Martín y antes de girar la perilla se volvió.

— ¿Disculpe?

— Que no quiero verlo hasta la próxima semana. ¿Todo bien Martin?

— Si.. sólo estoy cansado.

Abrió la puerta y salió... con las palabras de su padre en su mente.

Ni bien regresó a su hogar, decidió volver a Merfil sin hacer caso de aquella advertencia que le hizo su padre. Que podría pasar, además, solo iría unos días.

Preparó su mochila aquella noche. Dejó preparado y programado algunos archivos que debían enviarse a su trabajo, e intentó dormir... lo cual le resultó un tanto difícil debido a los pensamientos que rondaban en su memoria como abejas en un panal. Al poco rato se sumergió en un sueño muy tranquilo, no vio nada mas que oscuridad y la tranquilidad del

silencio.

Al día siguiente despertó, se duchó, se vistió y tomó un desayuno ligero. Y antes de irse dejó al cuidado de su departamento a una señora de confianza, quien vivía cerca.

Partió hacia el terminal para poder hacer el viaje. Aquel paso hubiera sido mas fácil si compraba un pasaje por Internet, e problema es que no existía alguno que fuera hacia Merfil. Al llegar, buscó una empresa que pudiera hacer el servicio, pero no encontraba ninguno que partiera hacia ese lugar. Arribo a la última empresa, y la señorita le comunicó que por el momento no estaban teniendo servicio para ese destino. No le explicó las razones y tampoco quiso. Llegado a ese punto, sintió una completa decepción. Era como enterarse de alguna mala noticia y que afectara tanto internamente en un individuo. Pero entre la decepción y la tristeza, sucedió algo como un milagro...

## Capítulo 3

01.

Un hombre que estaba cerca escuchó y se le acercó.

—Hey, yo puedo llevarte.

Martín giró en busca de aquella voz, un hombre detrás de él se acercaba. Era alto, barbudo y muy fornido.

—¿Enserio?— dijo asombrado,—pero...cuánto costará el viaje.

—No se preocupe, siempre paso por allí, no será nada mal un poco de compañía. — habló, al mismo tiempo que encendía un cigarrillo.

\*\*\*

Martín había vivido en Merfil desde que nació, o así era como él lo recordaba. Su madre era una costurera y su padre un comerciante. Pero no cualquier comerciante, era el más reconocido del pueblo por tener una forma única de trabajar.

Un día, a los cinco años, su madre le llamó. Ella estaba cocinando. Martín ingreso y ella le preguntó:

—Hijo, ¿has tenido sueños o pesadillas estos últimos días?

Martín negó con la cabeza, sacudiéndola de un lado a otro.

— Bueno. — agregó y siguió con sus cosas.

Desde aquel día, Martín se percató que su madre andaba muy preocupada, a veces cuando trabajaba se pinchaba el dedo con la máquina de coser, o se quedaba viendo la ventana, sentada, como recordando algo de antaño que surgiera desde el más profundo rincón de su corazón y se lo enviara a su cabeza para perderse en la nostalgia.

Poco a poco, ese sentimiento se convirtió en miedo, un miedo que la perseguía en las noches cuando dormía, y se despertaba gritando o llorando. Marco la tranquilizaba y le decía que estaba bien. Su padre era un hombre grandioso, podía ser tierno cuando se lo proponía, o también recto cuando lo requería. Sin embargo, lo que empezó a suceder a su madre preocupó a Martín, y más aun a su padre, el cual empezó a ir a varios doctores preguntando qué era lo que tenía su esposa.

Una noche encontró la respuesta a lo que tanto buscaba y se cuestionaba con desesperación. Liz, como le decían de cariño, empezó a hablar mientras dormía, balbuceaba palabras incoherentes, pero una oración le dio la señal. «Papá, porfavvorr no mme gas daño»

\*\*\*

— Hey, ya estamos llegando. — dijo el camionero.

Martín se desplegó del sueño, y miró al hombre. Aquel tipo era pelirrojo y barbudo, por un momento olvido quien era, hasta que recordó lo sucedido en el terminal. Llevaba un cigarrillo en la boca, el quinto para ser precisos desde que partieron. Una camisa a cuadros de color rojo y negro, una chaqueta y unos vaqueros combinados con las grandes botas oscuras que pisaban los pedales.

Para llegar tenían que rodear una gran colina llena de pinos y olmos, y luego descender hasta pasar por un viejo pero resistente puente de piedra y llegaban a la división de la vía. Una que te llevaba hacia otro pueblo lejano llamado Virtom, y el principal, Merfil.

Le pareció extraño que dijera que ya estaban llegando cuando recién iban a la mitad del camino, ni siquiera habían terminado de rodear la colina.

El camionero miró a Martín y luego volvió a la carretera.

— Que pasa chico, estás pálido. — exclamó, con un tono casi español.

— No, nada. — respondió.

— Veo que algo te preocupa, se nota a simple vista. Mi madre solía decir que la preocupación te hacía más viejo y te demostraba mayor madurez.

Su voz era ronca y hablaba como si algo le hiciera irritar.

— ¿Madurez? — inquirió

— Si, al estar preocupado por algo significa que te estás haciendo responsable de aquello, que entiendes tal vez la gravedad del asunto...pero bueno, supongo que eso depende.

—Oh.— agregó Martín,— pero no estoy preocupado, solo que me trae

muchos recuerdos pasar por estos lugares.

— Caray, es raro que alguien me diga eso aquí.

Martín frunció el ceño y miró al conductor.

— Bueno, las personas que traigo por aquí casi siempre, por viajar muy a menudo, me indican que este lugar les da mucho miedo y malos recuerdos, es más, al mirar el acantilado al borde de la carretera — indica con el dedo al costado del camino, — sienten vértigo.

Martín se asoma por la ventanilla y observa aquel gran acantilado. Debía de decaer a una gran altura, porque los pinos se veían muy pequeños desde allí.

—Sí, claro que sí. — dijo Martín re acomodándose en el asiento.

—Bueno, no me dijiste cómo te llamas. Me presento primero, me llamo Dick Griconlio. Y tú...

—Martín, Martín Leverne.

Se estrecharon las manos con un mucho gusto.

—Pondré algo de música si no te molesta.

—No, no se preocupe.

Encendió a radio y sintonizó una de rock clásico.

Ya llegaban al final de la colina para empezar a descender.

—Algo que me puedas contar de tu vida, la mayoría de las personas que viajan conmigo lo hacen. No pienses que soy un entrometido solo... me da curiosidad y me acostumbré a ella.

Martín nunca pensó que una persona como aquel le cayera tan bien. A simple vista te podía dar miedo, pero cuando lo conocías bien, entablabas una conversación tan agradable, como aquellas con los taxistas.

—Bueno, además mi esposa me enseñó que la conversación es una manera de darle más seguridad a tu acompañante.

—Vaya, como se llama su esposa- preguntó Martín con un tono de interés.

—Laura, dios me bendiga por la gran esposa que tengo. Es muy hermosa y tiene un cuerpo divino. Me dio dos hijos, mis retoños-al decir esto Martín se dio cuenta que le brillaban los ojos- Un varón, que ya está muy grande. A veces soy muy duro con él pero... lo hago por su bien. Aparte es muy tímido y retraído, ni que decir de su cuerpo, es muy delgado. Y tiene dieciséis años, pero aun así lo tengo como mi pequeño. Ahora que estamos con esto, un día se me acerco...y creo que quería llorar.

«Papá — me dijo, —quiero hablar contigo.—Al poco rato, sus lágrimas empezaron a caer por sus mejillas. Empezó diciendo que sentía vergüenza, y que tal vez lo odiaría por ello. Yo no sabía aún que era, ¿que podría ser tan malo que un padre llegara a odiar a su hijo... digo porque yo sí, mi padre me había abandonado de pequeño? La cuestión es que.... bueno, le pregunté que era. Y me respondió con pena que no le gustaban las mujeres.

No sabía cómo reaccionar. Por un momento me puse a pensar de porqué y como no me di cuenta. Nunca había tenido conocidos ni familia con tal problema, pero no sé si decir problema.

Le pregunté si le gustaban los hombres. Estuvo callado durante varios minutos, hasta que afirmo con la cabeza.

Yo solo atine a abrazarlo y decirle que estaba bien, en ese instante yo también estaba en lágrimas. Solo le dije que, si era así, no tendría la culpa de nada, aparte no estaba mal, y que tampoco no lo odiaría, un padre debe apoyar a su hijo en todo»

—Usted sí que es un gran padre, — dijo Martín

—Eso supongo, usted que haría en mi lugar.

—La verdad, no sabría cómo reaccionar, supongo que haría lo mismo, aceptarlo.

—Sí, un hijo está allí porque tu quisiste tenerlo, él no tiene la culpa, además, un hijo está para amarlo, pese a sus diferencias y errores, aparte, no tengo nada en contra de los gays.

«Cabe destacar también que, aunque suena raro lo diré, él es muy hermoso. Literal, no encuentro otra palabra. A veces me pongo a pensar sobre ese detalle de mi hijo, porque lo tiene desde que nació, asombró al doctor y a las enfermeras. Además en mi familia nunca existió alguien así, tampoco en la de mi esposa. Tal vez algún pariente o... no sé. Disculpe si hablo incoherencias o estupideces, pero no sé cómo expresar eso especial que tiene mi hijo. Y su hermano, mi hijo menor, no tiene muchas cosas

especiales. Es como un niño normal y corriente, y tiene siete años.»

—Vaya, tiene una familia extraordinaria-dijo Martín sonriendo.

—¿Y usted tiene algo en especial en su familia?

En ese instante la risa se borró de su rostro y apretó los labios. El camionero se dio cuenta de eso y dijo:-disculpe si pregunté algo que no debía.

Martín se cuestionó si sería agradable contarle cosas personales.

—Solo que, vengo de una familia no muy... alegre o unida. De hecho porque mi madre enloqueció cuando tenía siete años. Y fue internada en un centro psiquiátrico después que casi me apuñala en medio de la plaza principal del pueblo. Merfil es grande, y tiene muchos pobladores, más que un pueblo común y corriente. Pero eso no fue impedimento para que la gente se enterara. Salió después de cinco meses, y me enteré que estaba embarazada antes de casi asesinarme. Ahí, es cuando tuvieron que internarla como cinco años. La razón era porque se auto-apuñaló en el vientre gestante, abortando al instante. Yo miraba desde las rendijas del segundo piso cuando tomó un cuchillo y, caminando lenta pero segura hacia la sala, levantó el cuchillo mirando hacia la ventana, y se lo introdujo con fuerza, repitió el acto dos veces y cayó al suelo sangrando. Mi padre, que se encontraba en el jardín, ingresó y...

Su voz se cortó, no podía terminar aquella trágica historia. Lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, y se las limpió con las mangas de su chaqueta.

—¿Estás bien?, si quieres no prosigas — dijo el hombre lamentado,- — Dios, perdóname, siempre meto la pata.

—No — dijo Martín aspirando la nariz, —solo, quiero estar un rato en silencio.

El camionero asintió con la cabeza, y siguieron el curso con la radio encendida.

## Capítulo 4

02.

Cuando empezaron a descender, la tarde ya estaba en su punto de declive, las nubes empezaron a tornarse naranjas y rojas. Mientras que detrás de las montañas, una luz amarilla se extendía en todo el horizonte.

Los árboles tapaban la vista mientras uno más se adentraba, y luego formaban sombras gigantescas con los alrededores en completa oscuridad. Las ramas parecían amenazantes dando como lugar a una escena de terror como las antiguas, cuando una carroza pasaba con los caballos en un oscuro bosque de noche. Allí abajo Dick encendió los faros y alumbró la carretera.

Martín advirtió la extraña neblina que empezó a surgir en los alrededores del bosque, la contempló por un momento y le pareció que esta tenía vida, que empezó a hablarle, dándole mensajes que solo lograba desentrañar con el horror y el miedo.

El silencio se tornaba cada vez en una sensación de vacío, Martín sentía que iba solo con el camión manejándose solo, y Dick sentía que era como cualquier viaje en solitario.

—¿Tiene teléfono celular?-preguntó Martín, más por necesidad de conversar que por el artefacto.

—Oh, sí claro.— respondió Dick abriendo la guantera y sacando un modelo Samsung Galaxi.

—¿Me puede prestar?, quiero intentar hacer una llamada.

Dick le alcanzó el móvil, y luego botó la colilla del cigarrillo que tenía en la boca por la ventanilla del conductor.

Martín no sabía a quién llamar, solo se inventó un número y lo escribió, espero que el tono de llamada no sea en espera y responda alguien desconocido. Pero no hubo ningún tono más que el mensaje de «El número que usted ha marcado, no existe».

—No esta encendido. — murmuró Martín mirando a la pantalla del celular, — muchas gracias. — agregó devolviéndolo a su dueño.

—No hay de qué.—respondió Dick colocándolo en el mismo lugar y

cerrando la guantera con un fuerte golpe, el cual sobresaltó a Martín.

—Mire, ya llegamos al puente-proclamó Dick. —¿Sabe algo de esa estructura?, dicen que ha perdurado por muchas décadas y sigue igual de fuerte, tanto que decidieron no reconstruirlo.

—Algo así, por lo que tengo entendido, también ha sido objeto para contar leyendas e historias de terror. Recuerdo que cuando era niño, un amigo me habló del material del que estaba hecho. Decía que, mezclaron los cuerpos de niños muertos con la mezcla y ahora sus almas están atrapadas. Después de casi cincuenta años de su construcción, y es extraño que nadie sepa quien mandó a construir tal cosa.

Mientras conversaban, cruzaron el puente reduciendo la velocidad, el camino no era estrecho, tenía la misma anchura que la carretera. Sin embargo, a los costados se avistaba una gran caída de por lo menos treinta metros, para luego terminar en un caudaloso río.

—Además, un tiempo fue noticia de varios suicidios que empezaron a ocurrir sin explicación alguna-explicó Martín.

—Por cierto, ¿Usted no es periodista?

—Sí lo soy. — respondió Martín. — ¿por?

—Vi su nombre en algún lado, y creí haberlo leído en un periódico. Supongo que eras tú.

A lo lejos, la carretera por fin se dividía en dos caminos. Llegaron y Dick se estacionó cerca a la llanura boscosa.

—Ya llegamos señor Martín, —habló Dick — supongo que será hasta un nuevo aviso.

— Sí, y muchas gracias. ¿No hay manera que pueda remunerar lo que hizo por mí?

— Ya le dije que no, por favor no insista.

— Bien — dijo Martín, y con mochila en mano abrió la puerta y se bajó con un salto.

Cerró la puerta, y el camión volvió a encenderse.

— ¡Hasta luego Dick, y gracias!-gritó alzando la mano y haciendo un gesto de despedida.

El camión se alejaba poco a poco, tomando la otra intersección. Dick logró ver el perfil de Martín con el gesto de la mano, sonrió y tomó otro cigarrillo.

«Supongo que es momento de caminar» pensó viendo los dos letreros en medio de la división de la vía. Uno con el nombre de Virton, y el otro, Merfil.

Ya iba a ser de noche, y los bosques a los costados estaban muy oscuros y los postes de alumbrado estaban encendidos. De esa manera que le daba un aire de soledad el camino de regreso a casa.

A Martín le tenía sin cuidado, no le daba miedo caminar de noche. Y eso que lo hacía en la ciudad, sabiendo el peligro que corría. Además, que le podría hacer daño, solo habían animales los cuales huían si te les acercabas.

La entrada al pueblo estaba a medio kilómetro. Tenía cargada la mochila con sus cosas, llegando buscaría algo de comer y se quedaría en casa de sus padres, pero al recordar aquella fría advertencia, tal vez tendría que dormir en un hotel.

La niebla nuevamente apareció mientras caminaba, y dificultaba la vista de Martín. Tanto que le obligó a caminar cerca al bosque. Entonces escuchó un sonido, y dos luces aparecieron. Era un coche el cual pasó a gran velocidad. Si Martín no se hubiera apartado del camino, se hubiera esperado lo peor.

Siguió caminando y la humedad del bosque mezclado con la niebla le daba en la cara, y sentía frío. Faltaba poco, y por fin vio el pequeño puesto de peaje. Este estaba alumbrado por dentro, se acercó y miró por el vidrio. No había nadie.

Busco en los alrededores y no hallaba a nadie. Pensó en cruzar, pero de alguna manera tenía la urgencia de encontrarse con la persona que debía estar allí. Así que decidió esperar un momento. Miraba a ambos lados de la carretera, la neblina ahora no estaba muy espesa. A lo lejos podía avistar los postes de luz encendidos, y alumbrando las solitarias calles. Las casas, de alguna extraña forma le daban la impresión de tener ojos,

de hecho porque sus ventanas reflejaban su luz interior.

Entonces, un coche se acercaba y se paró frente a aquellas dos tablas rayadas y sacó la cabeza.

— He, amigo. ¿Qué demonios haces? ven aquí y has tu estúpido trabajo.

—Yo no trabajo aquí—respondió Martín pensando en si no se había dado cuenta de la mochila de viaje.

—Mierda, donde se metió. — gruñó aquel hombre.

Alguien tocó el hombro a Martín, el cual se sobresaltó. Miró y advirtió la presencia de un chico con un chaleco azul. El cual se cruzó frente a él y se metió dentro de aquel puesto.

—Por fin, maldita sea apúrate que no tengo mucho tiempo.

Aquel chico llevaba unas gafas muy grandes para su rostro. Cabello castaño y abundante. Su apariencia era delgada y parecía débil.

El hombre del auto le entregó el dinero correspondiente, mientras que el chico temblaba haciendo todo su trabajo.

—Tome su cambio y muchas gracias. — dijo con una sonrisa tierna.

— Jódete "Carl botellas". — agregó el conductor.

El chico presionó un botón, y las dos «tablas rayadas» se alzaron dando un sonoro chirrido. Al estar en la mitad, el auto pasó y luego aumentó la velocidad alejándose con el motor rugiendo. El chico dentro del pequeño puesto alumbrado, estaba inclinado frente a una computadora escribiendo algo. Luego tomó un lapicero y garabateó en un pequeño cuadernillo de notas y luego la arrancó, clavándola en una especie de pieza de metal puntiaguda, la cual llevaba otras notas atravesadas.

—Emm, hola. — habló Martín.

Carl levantó la vista. Unos sutiles ojos cafés lo miraron. Al instante emitieron un curioso brillo y sonrió. Su sonrisa era dulce, como la de un inocente niño que aprieta los labios y te muestra su dulzura angelical. Su cabello era abundante y con muchos rizos, por lo cual si aparentaba un niño. Luego, se quitó sus gafas y mientras los limpiaba con su camisa, preguntó:

— ¿Si amigo?, en que puedo ayudarte.

Martín vaciló un momento y respondió:

— Bueno, acabo de llegar y...quisiera que me ayudes a llegar a esta dirección. No sé si la conozcas, pero...

—¿Cuál? — intervino, de nuevo colocándose los lentes y parpadeando repetidas veces.

— Esta-dijo Martín, sacando su billetera del bolsillo de su chaqueta.

Buscó un pequeño trozo de papel escrito, lo encontró y le alcanzó por la ventanilla. Guardó su billetera, mientras veía a Carl analizando el pequeño papel

—Bueno, llegué aquí hace mucho, y por lo que sé este es uno de los lugares más antiguos del pueblo, ¿no?

— Sé, así es. — respondió Martín.

Luego, le devolvió el trozo de papel a Martín. Se agachó y oyó el ruido de cajones abriéndose, y las manos de Carl buscando entre papeles. Al encontrarlo, se levantó y salió fuera del puesto. Tenía un mapa que lo extendió y lo apoyó contra la ventanilla. La luz reflejaba por el papel, mostrando un plano completo de todo el pueblo en líneas azules y gruesas.

—Mira.... ¿cómo dijiste que te llamabas?-preguntó Carl.

—Martín.

—Ya. Martín, estamos aquí —dijo señalando con su dedo una de la tantas líneas que comenzaban en la esquina superior izquierda del plano, — Y tienes que ir de frente- dijo recorriendo su dedo por la línea azul que pasaba entre muchos cuadrados del mismo color, — Luego llegarás a una iglesia, entonces tendrás que quebrar a la izquierda. — indicó al mismo tiempo que seguía recorriendo su dedo,— para por fin, tomar un autobús amarillo que te llevara a ese lugar al finalizar su ruta.

Al terminar de explicarle, enrolló el mapa y se lo tendió a Martín.

— Quédatelo, puedo conseguir más, no te preocupes.

Martín lo agarró confundido.

- Pero, como sé que bus amarillo tomar.
- Porque es el único bus de color amarillo que existe en este pueblo.
- Y el paradero...
- El paradero puedes encontrarlo en cualquier calle, pero tienes que tomar uno de los paraderos del último camino que te mostré, ya que es por allí su ruta principal.
- Entiendo.
- Bueno, fue un placer ayudarle Mr. Martín-habló extendiendo la mano.

Martín miro su mano, y la estrechó con un sentimiento de rareza. Carl volvió dentro de esa cabina y se sentó frente al monitor. A su lado tenía una taza de la que tomó un sorbo, tal vez de café.

Martín cruzó, ahora la niebla se estaba esfumando poco a poco. En el cielo nocturno se podía avistar unas cuantas estrellas tiritando. La luna llena, estaba oculta tras unas nubes.

La noche no estaba tan fría después de todo. Pudo caminar tranquilamente por las calles. Algunas personas seguían transitando a esa hora, y si estaban cerca de Martín lo saludaban de manera cordial. Las casas eran más acogedoras que cuando él era pequeño. Y había muchas, no había tantas desde que se había ido. Tan solo fueron unos años, y este lugar había cambiado radicalmente. Calles pavimentadas, postes de luz modernos, un cableado ordenado. Arboles bien podados con jardines muy bien cuidados. A veces podía ver a una familia cenando en sus mesas, en otras, niños aun jugando mientras que sus padres miraban la televisión.

No parecía el Merfil que el recordaba. Este era un moderno Merfil, uno ordenado y arreglado.

## Capítulo 5

03.

Su recorrido por las calles paró cuando arribó en una antigua iglesia. Había caminado por la pista que, escarchada por el clima templado de la noche mezclado con la niebla, brillaba a la luz de la luna. Pasaban uno que otro coche, a veces camiones o camionetas. Hasta ese punto, veía algunos lugares de comida rápida y pequeños restaurantes, donde había gente que cenaba tranquilamente viendo la televisión. La mayoría eran obreros o empleados de alguna empresa. Las tiendas permanecían abiertas, y le pareció que había más gente por las calles que al entrar al pueblo.

Se sentó en la escalinata de la iglesia. Se percató que una reja negra rodeaba toda la construcción. Descargó su mochila y se la puso a su costado. Buscó su teléfono celular y miró la hora. La luz que emitía aquella pequeña pantalla le cegó por un momento, así que le bajó el brillo. Las ocho de la noche, no era tan tarde. Sin embargo recordó que era un pueblo, y aquí se dormirían a partir de las diez. En la ciudad era diferente, la gente nunca dormía y los edificios tenían casi siempre luces prendidas en uno que otro piso, y tampoco faltaban las benditas fiestas.

Respiró y aguantó el aire en su pecho, luego lo expulsó poco a poco desinflando el vientre. Miró en distintas partes. Soledad, nada más que eso, la tranquila y desesperante soledad.

Era muy noche para ir a la casa de sus padres, no llegaría, así que pensó mejor en buscar un hotel y dormir por esta noche, además, empezó a sentir un poco de hambre. Buscó en su mochila la barra de chocolate que había guardado para el viaje. Pero escuchó algo, unos pasos acercándose a él.

Martín se levantó, trató de encontrar el origen del sonido y se percató que había alguien oculto detrás de la reja quebrando a la derecha.

—Hey, quien eres.

Esa persona salió de la penumbra, era un chico de no más de 10 años. Llevaba una casaca roja, unos guantes que conjugaban con la gorra que llevaba puesta.

— Perdón señor — dijo acercándose, — quería preguntarle si no tiene algo de comer para mí.

Martín lo miró extrañado, su apariencia no era la de un chico necesitado.

— No — mintió Martín—por el momento no...

Esta vez escuchó otro sonido detrás de él y se acordó de su mochila. Al girar advirtió la presencia de otro niño que se cargaba la mochila. Martín reaccionó y corrió. Aquel niño se dio cuenta que Martín venía a por él, y trató de huir, pero Martín logró alcanzarlo y tomó la mochila con fuerza, haciendo que el pequeño frenara con brusquedad y cayera al suelo.

— Suélteme por favor, no lo vuelvo hacer, no lo vuelvo hacer — suplicaba aquel niño, este era menor que el que se le había acercado.

Se volvió, pero ya no había nadie allí. El otro chico había escapado dejando solo a su compañero.

— Devuélveme eso — dijo Martín quitándole la mochila de las manos.

El niño miraba al suelo. Tal vez sentía odio o vergüenza, pero mientras Martín se colocaba la mochila, el pequeño apretaba los puños. Luego le preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

Hubo un momento de silencio, luego el pequeño absorbió el líquido que le salía por la nariz.

—Samuel—respondió limpiándose las lágrimas con las mangas de su desgastado abrigo. Este chico parecía que sí era pobre.

— ¿Quién era el otro? — inquirió Martín.

— No lo sé, es alguien que conozco de por ahí. Le pedí ayuda para... buscar comida. Al ver que usted llegó, le tendimos una trampa, pero...

— Pero qué — Martín sonaba muy molesto.

— No quería robar, por favor — dijo levantando la mirada.

Sus ojos tenían un brillo suplicante, y en su mejilla tenía algunos raspones y heridas.

Martín lo contempló, y no supo cómo explicarse a sí mismo lo que sintió ese momento. Aquel niño le despertó un desconcertante sentimiento familiar, un cariño que nunca había sentido. Al poco rato se descargó la mochila, y se sentó en la escalinata de la iglesia.

— Siéntate — dijo Martín algo amable.

El niño lo miró confundido, parecía que quería huir, pero algo le detenía. Miró a su costado de Martín y caminó hasta allí, lo pensó de nuevo y se sentó.

Martín buscó dentro de su mochila dos barras de chocolate, y una se la entregó a Samuel.

— ¿Para mí? — exclamó Samuel sorprendido.

— Sí — respondió.

Samuel lo recibió con alegría. Abrió el sobre y se lo devoró al instante. Martín hizo lo suyo, pero comió con tranquilidad.

— Bien, ¿cuántos años tienes?

— Cinco, creo — respondió Samuel, con un gran trozo de chocolate en su boca.

— Por qué crees.

— Es que, vengo del orfanato. Me escapé cuando tenía tres años con otros niños más grandes que yo. Desde ese día recuerdo muy poco de lo que sucedió. Ya ha pasado tanto, pero no sé por qué siento que tengo cinco años. Tal vez hasta tenga siete, pero aun así prefiero una edad más corta.

Aquello le sorprendió a Martín. El conocía un orfanato del pueblo. Recordó que después del suceso de su madre, en su escuela hicieron una campaña para visitar a los niños del orfanato. Cuando fue, descubrió como era todo en aquel lugar. Era triste y conmovedor, las ventanas de los cuartos eran altos y por allí ingresaba el reflejo del sol. Parecía una cárcel. Luego veía como jugaban con los juguetes que les regalaban. Aquello le enseñó una lección, que la felicidad no estaba en lo material.

— Oh, pero ¿no te están buscando o algo por el estilo?

— No, yo también pensaba lo mismo, pero nunca vi un cartel de «se busca» o algo parecido. Y cuando paso cerca de algún policía, estos no hacen nada, lo máximo es un saludo. Más bien pienso que se han olvidado

de mí.

— ¿Y vives en algún lugar?

— No, antes una señora que vivía en una casa antigua me dejaba dormir allí- llegó a este punto cuando Empezó a sollozar- Ella falleció y sus hijos demolieron la casa, desde ese día solo vivo en la calle. Me hablo con algunos niños, pero...en su mayoría no conozco sus nombres.

Samuel empezó a llorar de nuevo. Martín, en un instinto desconocido, lo atrajo hacia él y dejó que llorara en su pecho. Aquello hizo que su cariño se acrecentara más, lo quería como su... hijo. Al poco rato Samuel se apartó pidiendo perdón.

Martín nunca sintió en su semblante tal sensación, tal sentimiento de amor. Solo lo había sentido en sus padres antes de que todo se destruyera.

Se quedaron un rato en silencio. Martín vio su reflejo en el suelo y luego el de Samuel, le parecía que Samuel tenía rasgos casi iguales que él... Esto era demasiado extraño, y sintió un escalofrío recorrerle por la espina dorsal. El cariño que sintió después de que la hablo sobre su corta vida, además que, no le importaba a nadie le daba impotencia. No quería que el niño sufriera más porque le hacía recordar a su infancia, aquella lejana y dolorosa infancia, mas no podría hacer algo. Simplemente rogarle a Dios que encuentre una familia y que sea muy buena.

— Bien, supongo que tengo que irme- dijo Martín en tono afable.

— Gracias señor-habló Samuel con una sonrisa en los labios.

Aún tenía rastros de lágrimas en los ojos, pero parecía estar mejor.

— Cuídate. Y por favor, no vuelvas hacer algo como esto, busca la manera de encontrar un trabajo, claro, si no quieres volver al orfanato.

— No señor, no quiero volver-respondió Samuel.

El pequeño nuevamente le sonrió, Martín le revolvió el cabello y se levantó con la mochila en la espalda.

— Adiós — le dijo Samuel.

Martín caminó unos cuantos metros y se volvió para ver contestarle.

— Adi... — él ya no estaba.

En su lugar estaban las pequeñas huellas de sus zapatos en el suelo. Se quedó confundido por un momento,

¿Acaso el niño pudo haber sido tan rápido para desaparecer de esa manera?, eso no tenía sentido. Pero ya, la cuestión es que se había ido. Solo esperaba que no le ocurriese nada al niño.

## Capítulo 6

04.

Caminó por la misma avenida de la iglesia, quebró a la izquierda y se encontró en una calle muy iluminada por letreros que anunciaban sus nombres de restaurantes. Siguió la recta, observando por las ventanas a los comensales quienes cenaban tranquilamente viendo el televisor, o conversando entre ellos.

Martín, con las manos en los bolsillos, advirtió a lo lejos un letrero con la palabra HOTEL. Siguió su recorrido, y al llegar al final de la calle, se encontró con aquel lugar. Era un edificio de cuatro pisos y era muy ancho. En la entrada había un cerco rodeando un jardín el cual estaba muy bien podado. Martín cruzó y vio que la puerta de ingreso era de vidrio. Por dentro, en la sala de recibidor, estaba amueblada. Un sticker pegado en la puerta anunciaba «Toque el timbre» y debajo una mano levantando el dedo en dirección hacia la derecha. Martín halló con la mirada el dichoso timbre y lo presionó.

Un sonoro «ding, dong» se escuchó desde adentro. Y después de unos segundos, el perfil de una persona se alcanzó a ver por el cristal. Mientras más se acercaba, Martín caía en la cuenta que aquella persona era un anciano.

El hombre le abrió la puerta, y le saludo.

— Buenas noches — dijo con una voz muy gruesa.

Su apariencia era tétrica. Llevaba una camisa y un pantalón café, además que caminaba de forma inclinada, arqueando la espalda y dándole un sentido de joroba.

— Buenas, deseo un cuarto para hospedarme.

— Bien, pase por favor.

Por dentro, las paredes blancas brillaban con la luz de los candelabros colgando desde lo más alto del techo. Había cuadros colgando y que mostraban pinturas que a simple vista cautivaría a cualquier persona.

—Tengo un cuarto disponible en el tercer piso — habló el anciano, ahora detrás de una mesilla para atender, — con TV, internet y...

— Solo quiero una cama donde dormir — dijo Martín en tono de broma.

Por un momento el anciano lo vio como si fuera un orate, pero luego sonrió. Sacó un cuaderno anillado y escribió los datos de Martín. Sobre la mesilla vio unas tarjetas de color verde en el cual estaba la propaganda del Hotel.

Le pagó el dinero correspondiente y el anciano le entregó las llaves.

— Tenga muy buenas noches estimado.

— Muchas gracias — respondió Martín.

Pasó por el pasillo, buscó la escalera y la halló, irónicamente, junto al ascensor. Decidió hacer algo que hasta el momento le pareció un tanto inquietante. Mientras caminaba no escuchó al anciano hablar algo más o moverse. Se acordó de Samuel y al instante se volteó.

Él seguía allí, ahora con unos lentes puestos y revisando aquel cuaderno anillado. El anciano levantó la vista y se percató que Martín lo veía.

— ¿Necesita algo más? — preguntó.

Martín salió del trance.

— No, no es nada.

«Dios, esto es una locura» pensó, optando por las escaleras. Estaba cansado, pero eligió ir por estas ya que a veces tenía ataques de claustrofobia. Mientras subía, escuchaba a algunas personas caminando por el pasillo del segundo piso. Unos niños pasaron corriendo y bajaron por su costado, luego una pareja de esposos que le saludaron. Siguió subiendo hasta que llegó al tercer piso. Mientras buscaba su cuarto que era el Nro. 45. Al encontrarlo, sacó las llaves y las colocó en la perilla, dio un giro junto con un chasquido y la puerta se abrió. Antes de entrar, oyó en el cuarto Nro.44 un sonido. Como una niña llorando y luego una mujer regañándola, también escuchó el gruñido de un hombre. Lo ignoró e ingresó a su cuarto sin encender las luces.

Se echó sobre la cama, dejando a un costado la mochila. ¿Cuánto dinero tenía en su billetera?, por el momento no importaba. Tenía lo necesario y algo más, aparte de sus tarjetas, así que se tranquilizó.

Pensó en pedirse algo de comer, o ir a uno de los tantos restaurantes que había en aquella calle que por cierto, ¿por qué había tantos?

El sonido de los autos pasando, y las luces fluctuantes que nacían desde la pereza de la noche hacían que su mente se despejara a tal punto de casi quedarse dormido. No temía que el sueño le ganase, pero...tenía hambre,

y su estómago no soportaría más.

Se levantó, y abrió su mochila. Dentro buscó su botella de agua, la abrió y bebió un poco. Miró hacia las ventanas. Las cortinas se movían danzando por el viento helado de la noche. Un aire frío ingresó emitiendo un susurro abrumador.

Mientras pensaba en lo que ocurría afuera, como el ligero tráfico que había, su estómago emitió un rugido, seguido de un retorcijo. Puso su mano sobre su vientre con un gesto de molestia. Tenía mucha hambre.

Se paró y encendió las luces. Estas iluminaron el cuarto a tal punto de cegar por unos segundos. Ya cuando su dolor se disipó, parpadeó y buscó su celular. Eran las diez de la noche.

«Dios santo que hambre tengo» pensó mientras se pasaba la mano por su mentón. Hacerlo le recordó que no se había afeitado, no le tomó importancia y caminó hacia la puerta.

Salió del cuarto y antes de cerrar la puerta buscó las llaves en sus bolsillos. Estaban en el derecho, junto a su teléfono.

Cuando estaba en las escaleras, oyó al ascensor emitir un crujido. Martín se paralizó y miró a las puertas de metal. Estas yacían cerradas y las luces que se encontraban en la parte superior anunciaban que se encontraba en el segundo piso, luego subió un piso. Simplemente lo dejó allí y bajó las escaleras. Pasó por donde antes había estado el anciano, que ahora estaba vacío. El vestíbulo le daba una sensación de desconcierto, de hecho por que se esperaba a alguien impaciente para que le atendiera. Pero de nuevo recordó que no estaba en la ciudad. Las cosas en los pueblos eran diferentes, mas tranquilas, desapercibidas, pero misteriosas.

Ya en la puerta, advirtió algo en la manija. En esta había un pequeño cartel colgando. Martín lo tomó y leyó lo que contenía.

«Abierto, empuje y espere unos minutos»

Martín lo dejó caer haciendo que se moviera de forma pendular. Primero empujo la puerta, al hacerlo se acordó que la puerta se abría desde adentro, por lo que se sintió un tanto estúpido. Luego jaló con fuerza y la cerró al salir.

Caminó buscando algún restaurante que le llamara la atención. Hasta que, al llegar a la mitad del camino, advirtió la presencia del anciano dentro de uno, el cual se llamaba «El rostro». Los nombres eran muy raros, pero eso

no importaba, quería comer, y tal vez no lo haría solo.

Se quedó un momento viendo al anciano sentado, cenando lo que parecía ser un plato de sopa. Luego supo que no estaba solo, ya que frente a él había otro plato sobre la mesa. Martín frunció el entrecejo y una gota le cayó en la cara. Miró al cielo y vio a unas nubes oscuras formándose sobre él.

«Hoy lloverá» se dijo a si mismo «Y será una noche triste».

Un auto pasó, y entonces, apareció una persona sentada frente al anciano.

«¡Samuel» pensó y cruzó la calle.

## Capítulo 7

05.

(El pasado de Merfil, Parte 1)

«Las islas bajo este país están prohibidas.» Fue lo que anunció uno a las primeras personas que llegaron al pueblo de Merfil.

Aquellos pobladores llegaron en barco desde Norteamérica. Exactamente desde Estados Unidos. Siete años después de la Primera Guerra mundial, un grupo de personas provenientes de Virginia se fueron en un barco de pesca que los llevaría a uno de las que ya eran ciudades pesqueras de ese tiempo en San José.

Buscaron un lugar en donde empezar una nueva vida, y la hallaron en unas tierras abandonadas junto a antiguas casonas. No sabían quienes las dejaron allí, ni quienes fueron los primeros habitantes, sin embargo, se encontraron con un viejo que vivía en una de las tantas casas de material noble. El grupo conformado por unas sesenta personas, sin contar a los niños, le preguntaron por el lugar, y si no tenía algún tipo de dueño. El caballero les habló de la historia de Merfil. Cuando antiguamente, los aldeanos se encargaban de labrar las tierra y que tenían un gobierno tipo feudal. Hasta que se sublevaron y cuando el dueño de estas tierras no se lo esperaba, fueron a atacarlo asesinando a su familia y a él. La cuestión era el porque del asesinato, él no lo sabía. Algunos decían que era por una presión y la poca paga. Pero el decía que solo eran patrañas, por que de hecho, la gente del lugar estaba completamente loca. El dueño nunca había sido malo con ellos, era un dueño justo, pero desde que sucedió aquello, el anciano comentó que la gente estaba poseída. Después de lo ocurrido, en todo el mundo se inició la Gran Guerra, mientras que en Merfil, la gente se iba poco a poco dejando atrás sus casas y sus pertenencias. Los últimos en irse fue una pareja de esposos que conocía el viejo y pasaron muchos años, hasta la llegada de estas personas. El grupo no sabía que hacer, su pasado era muy tormentoso. Pero, decidieron quedarse.

Años después, cuando la Segunda Guerra Mundial llegaba a su fin, establecieron una forma de gobierno, pusieron al mando a una mujer llamada Luissa Keflen, y tuvieron que pasar varios años hasta que lograron un comercio con su agricultura. Poco a poco se construyeron mas casas y hasta edificios, el lugar se extendió rápidamente y llegó a convertirse en una miniciudad, con una gran plaza y parques. Los bosques que los rodeaban ocultaba su existencia. Hasta que un día, se presentó un proyecto para la construcción de una universidad en el pueblo. Merfil hasta esos años ya tenía varias escuelas, y una universidad fue un gran avance.

En 1980 Merfil ya era un sitio con empresas dentro de ella y tenía una estadística poblacional de 50 588 habitantes, por lo cual, mucha gente se venía a vivir a allí. Aparecieron fábricas y se construyeron bancos. La

gente en el exterior no entendían como un pueblo tendría tanta población, era demasiado, sin embargo conociendo su ubicación y su extensión la hacían ver como un estado dentro de Barckross. El presidente de San José pensaba en separar Merfil de Barckross y convertirlo en un estado independiente, mas el pueblo no aceptó. Las razones no se dieron a conocer puesto que era algo íntimo entre los pobladores que reclamaban, el gobernador de Merfil, que en ese año era Marco Laurdés, y el presidente.

All llegar el año 2010, la universidad, la cual ya contaba con un prestigio a nivel nacional, se extendió mucho más hasta tener dos gigantescas sucursales.

El pueblo pasaba desapercibido, sin embargo, era un lugar para poder comercializar muchas cosas. En el año 2018 se realizo un censo poblacional, el cual llego a 84 520 habitantes.

Como se dijo anteriormente, Merfil era un pueblo enorme y comercial, pero desapercibido.

## Capítulo 8

06.

Martín, quien ya estaba sorprendido, atravesó el umbral golpeándose la cabeza con una pequeña campana que colgaba por encima del marco de la puerta. Esta sonó y la gente volvió la cabeza para observarlo. Se sonrojó y saludo en voz alta, algunos respondían, otros levantaban la mano o movían la cabeza.

Se acercó a la camarera, una señorita con el cabello recogido y unos ojos verdes, era muy bella.

— Buenas noches — saludó Martín de nuevo a la camarera.

— Buenas, ¿que desea? — respondió ella con una leve sonrisa.

— ¿Que hay en el menú?

La señorita le dio la lista completa de lo que había esa noche. Martín pidió un plato de sopa y un guisado. Luego ella lo anotó en una pequeña libreta y se fue.

«No sé su nombre...Diablos, soy un idiota, debí haberle preguntado» pensó.

Luego, buscó a Samuel con la mirada, lo halló. Seguía atento a su plato, mientras que el anciano si se había dado cuenta de su presencia. Caminó entre las mesas, llegó y se paró detrás de Samuel.

— Buenas noches Samuel, buenas noches señor...

El anciano levantó la mirada,-David-respondió.

— ¡Señor Martín! —exclamó Samuel.

Martín le revolvió el cabello, mientras él tenía a aquella sonrisa tierna, es misma sonrisa que tenía él en su infancia, aunque tal vez aún la tenga. De hecho, por que pasa la mayoría del tiempo sonriendo con la gente.

— Vaya, parece que ya se conocieron — dijo David.

— Sí —respondió Samuel — me olvidé contárselo, pero ahora le cuento.

— No te preocupes, yo se lo contaré. Pero primero... — dijo y extrajo una silla de una mesa continua vacía, —...debo sentarme. — Y se sentó junto a Samuel, mirando de frente a David.

Martín le contó desde como vino en camión, luego que conoció a Carl «Carl botellas» dijo David, después que se sentó frente a la iglesia y es cuando Samuel, con la ayuda de otro niño, querían llevarse la mochila de Martín.

— Samuel, de nuevo estás haciendo cosas malas —le dijo David un poco molesto.

— Si señor David, pero no lo vuelvo hacer — dijo apenado, — No lo vuelvo hacer, lo prometo.

— Bien, no se preocupe, de todas formas me contó por todo lo que había pasado. Ah, también que tenía cinco años.

— En realidad tiene siete, supongo que te explicó que no se acuerda y prefiere decir que tiene cinco años.

— Oh vaya, sí me contó eso —dijo Martín mirando a Samuel, —Y usted ¿cómo lo conoció?

- Bueno, hace como dos años, una mañana estaba caminando hacia Walmart. Supongo que conoces Walmart ¿no?
- Sí claro, en Lifondu hay varias de esas tiendas en cualquier lugar.
- Vienes de Lifondu, eso debe ser bueno.
- Sí trabajo como periodista, y solo vine unos días. Y que más, mientras estaba caminando...

«Vi a un niño pequeño sentado a un lado de la acera, me acerqué y tenía varias heridas y... su rostro estaba pálido, yo le llamé acercándome a él, y al levantar la mirada se asustó y pensé que escaparía. Sin embargo se quedó en esa misma posición mirándome aterrado. Cuando llegué, el empezó a gritar que no me lo llevara, no quería regresar. Le expliqué que no le haría daño y que solo quería ayudarlo. El niño se calmó y empezó a llorar, le di la mano y le pregunté si quería comer, al escuchar esto alzó la mirada, una mirada triste y melancólica que a la vez expresaba ternura. Me dio la mano, inseguro y se levantó. Su ropaje no era más que una camiseta sucia, que alguna vez fue blanca, un abrigo, el mismo que tiene puesto ahora, unos pantalones cortos de color negro y unos zapatos viejos.

Le llevé a un pequeño comedor, ya que los restaurantes no estaban abiertos a esa hora de la mañana, y le pregunté sobre su vida y como llego allí. Me dijo que no recuerda muchas cosas, además que escapó del orfanato, y desde ese día tiene miedo. Allí empezó a llorar, pero se calmó cuando llegó la comida a su mesa. Saber que era huérfano, no me gustaba mucho. Después le compre algo de ropa y dejé que durmiera en uno de los cuartos de mi hotel. Mas eso no duró mucho, lo que pasó es que sucedió una emergencia fuera del pueblo, en otro lugar. Mi hermana había caído en cama y se había puesto muy grave. A Samuel lo dejé al cuidado de una solitaria anciana, la cual aceptó sin problemas. Después de un año regresé, pero aquella anciana ya no estaba entre nosotros. Y su casa había sido derrumbada por sus hijos, tenía tres, dos varones y una mujer. Ellos ya eran profesionales y abandonaron a su madre. Cuando se enteraron de su muerte, regresaron los miserables, y no contentos con eso, se hicieron con esa casa y la convirtieron en un edificio de cinco pisos. Al parecer es un tipo de galería, el cual nunca dio frutos. Mientras tanto, yo estaba preocupado por Samuel, lo busqué preguntando por el a las personas que lo conocían. Me decían que simplemente se fue, y vagaba por las calles.

No pude encontrarlo. Hasta hace unos meses, mientras regaba el jardín, lo vi, caminando. Quedé paralizado y grité su nombre, él se sobrevino y corrió hacia mí y me abrazó, de nuevo con lágrimas en los ojos. Supe que ahora él comía gracias por algún niño amigo suyo, pero también robaba. Le dije que no volviera hacer eso, yo ya estaba aquí, y cualquier cosa que el necesitara me lo pidiera. Desde ese día lo veo venir muchas veces por aquí, y lo que le puedo dar es comida, pero cuando le digo que le comprare ropa o que duerma en mi hotel, él se niega.»

- Oh, y por qué te niegas Samuel —dijo Martin.
- Es que, me da un poco de pena. Además, me acostumbre a dormir en el parque, mirando las estrellas en la noche. Es muy bonito.

Martín rio junto con David.

— Señor David quiero ir al baño —dijo Samuel luego de limpiarse la boca con la servilleta.

— Ve, y te lavas las manos al salir.

— Está bien- respondió Samuel.

Mientras se bajaba de la silla, Martín advirtió una mancha café en su cuello, luego Samuel corrió hacia el baño de varones, y al entrar cerró la puerta.

— Martín.

— ¿Si?

— Hay un detalle más sobre Samuel, y es algo que deberás guardar en secreto. Confío en ti, si un chico confía en ti significa que eres un buen hombre.

— Bien, dígame.

Antes de que David empezara con la historia, la camarera se acercó a Martín con dos platos, uno del guisado y el otro con la sopa. También le alcanzó los cubiertos, Martín respondió con un gracias, al mismo tiempo que la mujer asentía con la cabeza y le mostró una sonrisa forzada, luego se alejó moviendo sus pronunciadas caderas.

— Parece estar cansada-comentó Martín.

— Debe ser. Bueno, antes de que regrese Samuel. Aquel dichoso orfanato estuvo cerrado hace diez años, y eso por que sucedió un accidente desde su cocina. Al parecer dejaron una hornilla encendida, la llama devoró los trapos que estaban allí y empezó un pequeño incendio, luego el fuego se extendió rápidamente por todo el orfanato. Cuando los bomberos habían llegado, eran pocos los niños que se encontraban afuera junto con otras monjas. Estas lloraban y rezaban. Fue muy tarde. Casi el 70 % de los niños se habían quedado dentro sin posibilidad de salir, se escuchaban gritos y chillidos de dolor, las mujeres no sabían que hacer, y los bomberos llegaron después de que los gritos cesaron. La construcción ardía en llamaradas gigantescas, y daba la impresión de ser una antorcha. Luego de apagar el fuego, trasladaron a los sobrevivientes fuera del pueblo, y cerraron el orfanato para siempre. Ahora lo extraño es eso, si él escapó del orfanato, ¿A que orfanato se refiere?

Martín quedó pensativo. Miró su propio reflejo en la sopa y se acordó lo que pasó en la iglesia. ¿Cómo había desaparecido sin dejar rastro alguno?, y ¿por qué se parecía tanto a Martín?

— Pero supongo que la amnesia fue por algún trauma. Y aun así, hay muchas cosas que no tienen sentido.

— Alguna vez no pensó en adoptarlo —inquirió Martín.

— Oh, claro que sí, pero viendo mi edad y mi incapacidad, sería imposible criar a un niño-dijo David, y entonces miró a Martín —Pero usted sí.

— ¿Qué? —exclamó Martín, —Cómo piensa que yo... no...

— Lo sé, tal vez no quiera. Pero puedo verlo en sus ojos, sin querer, usted se ha encariñado con el niño. Además, puedo decir que está solo, se siente solo. Tiene un buen trabajo, pero no encuentra la completa felicidad en solo eso. ¿No es así?

Martín quedo estupefacto, era verdad, él supo describir con claridad lo que

sentía.

— Si —dijo Martín con voz cansada, casi como un susurro.

Quedaron un momento en silencio, los coches pasaban, la gente conversaba y hacían chocar los cubiertos con los platos de losa, provocando un monótono tintineo.

— Y bien, ¿desearía tomar a Samuel como tu hijo?

«Es como mi hermano, es como mi hijo» escuchó desde su interior. Ese sentimiento volvía a él, quería tener a alguien a su lado, y no precisamente a una mujer. Quería formar una familia, pero sentía que aún no estaba preparado para una relación, pero si para... tal vez... adoptar a un niño. «Dios, ¿por qué?, lo siento como alguien familiar, como mi hermano, como mi hijo. Se parece a mí y verlo me lleva a sentir nostalgia por aquellos días en que era feliz»

— Sí —respondió Martín, —pero no sé por qué siento eso por él, no lo conocía. Y es un sentimiento fraternal.

— Lo sé.

Guardaron silencio. David terminaba su plato de comida mientras Martín empezó con la sopa.

— Y como podría adoptarlo si usted dice que el orfanato ya no existe.

— Bien, antes de irme a visitar a mi hermana, tramité algunos papeles aquí, tiene su documento de identificación y todo eso. Tengo a un amigo que trabajaba en eso y le pedí que me ayudara. Hizo todo excepto ponerme como su tutor, y si usted quiere, puedo llevarle para que lo nombre como su padre. Dios, hasta ahora tengo miedo de meterme en problemas o meter en problemas a aquel gran hombre, pero hasta ahora no me han notificado nada, tampoco a él. Y es algo que también pongo en duda, es como si nadie lo conociera o ignoraran su existencia.

— Bueno, entonces mañana haré ese trámite. Pero, ¿Cuánto dura?

— Si fuera una adopción normal, con un trabajador normal, pues una semana. Pero como solo falta firmar algunas cosas, mañana mismo puedes tenerlo.

Aquella decisión podría cambiar su vida, pero... realmente necesitaba hacerlo, se encariño con él ni bien conocerlo un pequeño lapso de tiempo. ¿Y si era algo malo? solo lo conoció un día. Pero eso no era nada, una pareja al ir adoptar eligen a quien les parezca bien en su primera impresión, y también parejas homosexuales. Por lo tanto, no era algo malo. Samuel salió del baño y cerró la puerta tras él.

— Manténgalo en secreto —dijo David en voz baja.

Conversaron mientras Martín terminaba de cenar, el restaurante poco a poco se iba vaciando hasta solo quedar ellos. Martín le habló de anécdotas de su infancia, a excepción de las que lo marcaron dejándole heridas muy profundas. David también hizo lo suyo, y a veces metía una que otra que hacía sacar carcajadas a los tres. Al terminar de cenar, la misma señorita,

cansada pero hermosa, les alcanzó la cuenta por separado. David pagó lo que consumió Samuel y Martín lo suyo.

— Bien —dijo David- Necesito conversar a solas con Samuel.

— Entonces, espero afuera.

Martín salió y se apoyó en un poste de luz. Aquella noche se sintió en su hogar, una calurosa bienvenida del pueblo, como si una madre por fin encontrara a su hijo perdido y lo abrazara con mucho amor. Pasaron varios minutos, hasta que se abrió la puerta, la campana tintineo y David se despidió de las mujeres con un «Buenas Noches». Martín se volteó y vio a Samuel con una mueca casi triste, y detrás David posando su mano en su pequeño hombro.

— Bien Samuel, que tienes que decirle a Martín.

Martín se volvió a él.

— Señor Martín...enserio quiere adoptarme.

Martín asintió con una sonrisa.

— Pero...quisiera pedirle disculpas de nuevo por la forma en que me comporte con usted en la iglesia, me da mucha vergüenza —dijo y sus ojos empezaron a brillarle, quería llorar de nuevo.

— No, tómalo como la forma de "como nos conocimos" —dijo y lo atrajo hacia él, dándole un abrazo.

Luego de un rato le preguntó: — ¿Quieres subir a mi espalda?

El niño levantó los hombros. Martín rio y lo subió encima. Sus piernas colgaban en su pecho. Caminaron de regreso al hotel junto con David.

## Capítulo 9

07.

(El pasado de Merfil, parte 2)

Los espíritus bailaban en la noche, su pueblo natal lo esperaba...

Se sabe que el anciano que les contó todo el pasado de Merfil a los primeros pobladores murió de la peor forma. Lo encontraron tiempo después en un río. Estaba desnudo, y tenía varios cortes en su cuerpo, en el pecho llevaba una marca, un extraño círculo con un triángulo dentro de él, dentro del triángulo habían otras tres circunferencias que se unían. En el cuello había una abertura, como una segunda boca, y parecía estar vacía. Sus testículos y su pene se lo habían arrancado, y ahora habían jirones de carne colgando con pequeños nervios y una maza rojiza coagulándose. Era atroz, los hombres que presenciaron tal hecho tomaron su cuerpo y lo llevaron a la aldea más cercana, mientras que las mujeres hablaban entre ellas sobre una supuesta bruja. Llamaron a un doctor, quien revisó su cuerpo y se percató de un detalle más, un hallazgo que helaría la sangre de las pocas personas que habitaban el pueblo.

El doctor Robert Larcos tuvo que abrir su vientre, puesto que al parecer el círculo de aquel extraño símbolo en realidad era una saturación de un corte que le hicieron más antes. Al abrir su vientre, este se encontraba lleno de pertenencias de personas desconocidas. Robert dio a conocer la noticia a Larry, el jefe de la aldea.

— Señor Larry, nos encontraron —dijo mientras Larry observaba cada objeto en sus manos.

— Debemos hallar al maldito —proclamó Larry con ira.

Robert regresó a su consultorio, mientras que Larry llamó a toda la aldea para una reunión, en la cual se contarían a las sesenta y siete personas que debían estar. Pasaron lista familia por familia, algunos hombres solteros al igual que mujeres se contaron aparte. Al finalizar faltaba un hombre, Thomas Flander.

— Señor —dijo Robert- falta Thomas, debemos buscarlo.

—Lo sé —respondió.

A continuación, preguntó en voz alta si alguien conocía a tal hombre. Todos se vieron, empezaron a murmurar, y luego, empezaron a levantar las manos. Larry cedió la palabra a cada persona que levantaba la mano. Thomas era un extraño chico, casi siempre solitario y borracho. Quienes eran sus vecinos, afirmaban que en las noches gritaba desde su casa, y salía corriendo como un poseso. Las personas trataban de calmarlo, pero este suplicaba y lloraba que lo ayudaran, no podía escapar. « Por favor, matenme, el no me dejara en paz, me perseguirá en cada esquina del mundo, cada rincón, cada calle, me llamará para que lo haga nacer, y darle forma física en el mundo humano, por favor, háganlo antes de que me encuentre y me convierta en su títere» fue lo que dijo la última vez

que salió de su casa, aquel día no llevaba nada de ropa, y temblaba de frío. Miraba a cada persona con unos ojos suplicantes y miedosos.

Pasaron cuatro días desde que se quedó en shock, sus vecinos lo ayudaban hasta que dijo que ya se encontraba bien, sin embargo aquellos capítulos se repitieron y con más fuerza, hasta que un día paró y no se supo más de Thomas.

Semanas pasaron, y no se veía la presencia del joven, y sus vecinos tomaron decidido ingresar a su casa. Se pusieron de acuerdo hacerlo un sábado por la tarde. Llegado el día, revisaron a los alrededores de la antigua construcción, intentaron abrir la puerta, pero esta se encontraba cerrada desde adentro. Así que ingresaron por las ventanas, ya que la puerta estaba hecha de un tipo de madera muy fuerte. Cinco varones subieron e ingresaron. Todo estaba oscuro, así que encendieron una vela y se guiaron con su resplandor, no obstante lo que vieron hizo paralizar a cada hombre que estaba allí. Un líquido oscuro se expandía por el salón. Miraron las paredes y ... habían un montón de imágenes a blanco y negro de cadáveres, ritos y extrañas personas encapuchadas, luego también habían imágenes de niños descuartizados, y varios dibujos hechos con una sustancia que parecía sangre. Uno de los hombres lanzó un alarido y forcejeó la puerta, abriéndola y saliendo despavorido. Los que se hallaban dentro se pasearon por toda la casa, como era solo de un piso, no fue difícil pasar por la cocina, donde había una gran masa carbonizada. Trataron de ver que era, mas no pudieron descifrar que había quemado Thomas, luego ingresaron a su cuarto. Las mujeres que estaban afuera entraron para curiosarse, algunas lanzaban expresiones de asombro, y otras murmuraban. Los hombres que estaban en el cuarto de Thomas buscaron algo que pareciera extraño. No tardaron en hallar cosas muy inquietantes, en la pared frente a su cama, la cual estaba hecha con unas piezas de madera y lana de oveja, se hallaban varias imágenes religiosas, además de una gigantesca cruz que ocupaba gran parte de la pared, pero estas estaban manchadas con sangre y algo que emitía un hedor nauseabundo.

Llegaron a la conclusión que Thomas pertenecía a una secta, y que era un brujo. Dos días después, la gente se enteró que el anciano había sido hallado asesinado. Todo señalaba que Thomas era el culpable. Larry reunió a todos los hombres para hacer un grupo de búsqueda. Se dividieron en tres lugares, se internaron en el bosque e iniciaron la búsqueda.

«Simplemente repetirán la misma sucesión, el mismo círculo vicioso del nunca podrán salir, pagaran sus pecados enfrentando a sus propios miedos, y Larry lo sabe muy bien.»

# Capítulo 10

SEGUNDA PARTE

## Capítulo 11

"Y la tierra de repente empezó a temblar, el movimiento era incesante a veces, pero el miedo era algo que se metía en las venas de los pobladores.

Algunos escuchaban trompetas, otros una hermosa melodía, pero lo que todos compartían, como muñequitos en una maqueta, era el seguir la llamada de la hermosa plenitud

Y adentrándose en la naturaleza, la cual a veces emitía la energía del mal, se perdían para nunca regresar..."

## Capítulo 12

08.

«No vuelvas nunca hijo, por favor...

Larry tuvo una horrible pesadilla, veía a su padre caminar en un puente muy delgado, a los costados se extendían unos abismos oscuros e infinitos, luego, volteó y miró a Martín con odio y dijo: -¡No debiste venir maldito estúpido! —, y grandes llamas de fuego salieron de los abismos. —¡El está a punto de venir, y ahora te están buscando! —agregó con ira, y luego su rostro cambió a uno que mostraba tristeza, —Solo quería protegerte... fue lo último que dijo antes de ser consumido por el fuego. Martín no lograba emitir algún sonido, estaba quieto y empezó a llorar, las lagrimas formaron un velo en sus ojos, se los secó y la escena cambió, ahora estaba mirando a su madre, la veía sentada en una mecedora que se movía constantemente de adelante a atrás. Luego giró su rostro y habló: -Tu padre ha salido a buscarte Martín, el te ama.

Entonces, su cuerpo se derritió como una vela, y la masa que se formó empezó a deslizarse, se acercaba a Martín, atrapó sus pies, luego empezó a subir...

Despertó con el cuerpo empapado en sudor, miró a su alrededor. Samuel se hallaba durmiendo en la otra cama.

La noche anterior, luego de la cena, el señor David les había cambiado a una habitación doble. Luego, Martín había preparado la bañera llenándola de agua caliente, le dijo a Samuel que tomara un baño. Le regaló unas toallas y se metió dentro de la bañera. Luego, salió y se puso nuevamente su ropa.

«— Mañana te compraré más ropa» le dijo Martín. Ya a las once y media de la noche, los dos se metieron en sus respectivas camas y se durmieron.

Martín se levanta y va al baño a orinar, y antes de regresar a su cama, mira por la ventana hacia afuera. Una niebla muy espesa apareció nuevamente. Trató de avistar algo a lo lejos, pero no se veía absolutamente nada, solo una cortina blanca que limitaba su radio visual. Tomó su toalla, la única que tenía por el momento ya que la otra ahora le pertenecía a Samuel, y se metió en la ducha. Mientras se bañaba, sentía algo muy raro, de hecho por que los azulejos brillaban más que la noche anterior, parecía un blanco cuarto acolchonado como... «En el que estaba encerrada mi madre».

Aquello le dio un pequeño punzón en el pecho. Todos esos recuerdos estarán en él hasta la muerte.

Samuel despertó después, miró a Martín, quien se amarraba las agujetas de sus zapatillas.

— Hey, parece que dormiste muy bien —dijo Martín.

Samuel asintió.

Las mañanas en la ciudad eran muy pesadas según lo que recordaba Martín, escuchar el sonido de los coches moviéndose y el claxon de cada uno de ellos chillando, y después su despertador. Ahora solo oía la suave brisa matutina, un silencio tranquilizador. Y hoy tendría que, además de revisar los papeles de Samuel, visitar a sus padres. Estaba consciente que eso le traería muchos problemas, pero quería ver que ellos estén bien.

Alistó a Samuel con sus ropas, era tan extraño tomar el papel de padre... simplemente nunca lo pensó, pero su instinto de hombre se lo pedía ciertos momentos, en los cuales se sentía tan solitario... sin nadie por quien dar mucho cariño. Cuando Samuel terminó de ponerse la casaca que le dio Martín, esta le quedaba muy grande, sin embargo el pequeño no se quejó por nada, es más, levantó el rostro e hizo un gesto de ternura, alargando sus pequeños labios en una dulce e inocente sonrisa, Martín contestó a esto con un abrazo... un abrazo tan extrañamente particular, en donde se sintió acompañado, sintió...sintió a su familia.  
— Okey, vamos —dijo Martín, tomando de la mano a Samuel.

Las ventanas estaban ocultas por las rojizas cortinas, y no se fijaron que aquella mañana algo había cambiado en Merfil. Las casas estaban en un silencio sepulcral, el callado espacio se encontraba en una penumbra húmeda, el viento soplaba frío, y una abundante neblina se movía por las desoladas calles. La soledad siempre va acompañada por la calma... si... pero también puede ser peligrosa.

— Señor Martín-llamó Samuel —quiero ir al baño.

— Bien, pero al salir cierras con llave, y bajas. Estaré conversando con el señor David.

— Está bien —dijo Samuel y tomó la llave.

## Capítulo 13

09.

Martin bajaba las escaleras, cada paso provocaba un sonoro chirrido que luego se extendía por las paredes en ecos. La mochila le pesaba mucho, y la espalda extrañamente empezó a dolerle. Pasó por los pasillos llenos de puertas, cuya pertenencia a los desiertos cuartos le daba un aire claustrofóbico. Las luces estaban apagadas... lo cual le pareció muy extraño puesto que la niebla en conjunto con el cielo anegado de nubes grises, tapaban el pueblo de cualquier luz exterior, y la ponía en un estado de inmensa y tétrica oscuridad.

Hubiera tomado el ascensor, pero este se veía demasiado lóbrego y sus nervios lo ponían muy tenso, por lo que siguió su recorrido a pie. Miraba las palmeras mientras pasaba, puestas en macetas muy bien decoradas, que pintaban un poco el sobrio color blanco de las paredes. De repente, un aire corrió por su lado, muy cerca... demasiado. Su corazón empezó a latir y su cabeza emitió un electrificante llamado a su cuerpo para hacer ver lo largo del pasillo y revisar si no había nadie.

Nada. Solo la humedad del exterior que se filtraba por pequeños orificios. ¿Acaso no había inquilinos en el hotel aparte me Martín?. No podía asegurarlo. Tal vez la rutina matutina de lo lugareños empezaba mucho más después de lo que estaba acostumbrado, ya no estaba en la ciudad y ese era un detalle específico así como complementario para satisfacer su duda. Sin embargo eso no explicaba el por qué de la soledad y el insidioso silencio del lugar, parecía que estuvieran durmiendo un largo sueño envueltos de paz y tranquilidad, inmovilizados a tal punto de quedar inertes. Pero... aun así uno siente la presencia de personas. Esto estaba completamente vacío, y si sentía algo, no parecía provenir de algo humano...

Respiró hondo, hinchando su pecho y exhaló, viendo como su aliento formaba una pequeña nube de vapor que se esfumaba poco a poco. Giró y siguió con el recorrido hacia las últimas escaleras.

## Capítulo 14

09.

Martin bajaba las escaleras, cada paso provocaba un sonoro chirrido que luego se extendía por las paredes en ecos. La mochila le pesaba mucho, y la espalda extrañamente empezó a dolerle. Pasó por los pasillos llenos de puertas, cuya pertenencia a los desiertos cuartos le daba un aire claustrofóbico. Las luces estaban apagadas... lo cual le pareció muy extraño puesto que la niebla en conjunto con el cielo anegado de nubes grises, tapaban el pueblo de cualquier luz exterior, y la ponía en un estado de inmensa y tétrica oscuridad.

Hubiera tomado el ascensor, pero este se veía demasiado lóbrego y sus nervios lo ponían muy tenso, por lo que siguió su recorrido a pie. Miraba las palmeras mientras pasaba, puestas en macetas muy bien decoradas, y que pintaban un poco el sobrio color blanco de las paredes. De repente, un aire corrió por su lado, muy cerca... demasiado. Su corazón empezó a latir y su cabeza emitió un electrificante llamado a su cuerpo para hacer ver lo largo del pasillo y revisar si no había nadie.

Nada. Solo la humedad del exterior que se filtraba por pequeños orificios. ¿Acaso no había inquilinos en el hotel aparte me Martín?. No podía asegurarlo. Tal vez la rutina matutina de lo lugareños empezaba mucho más después de lo que estaba acostumbrado, ya no estaba en la ciudad y ese era un detalle específico así como complementario para satisfacer su duda. Sin embargo eso no explicaba el por qué de la soledad y el insidioso silencio del lugar, parecía que estuvieran durmiendo un largo sueño envueltos de paz y tranquilidad, inmovilizados a tal punto de quedar inertes. Pero... aun así uno siente la presencia de personas. Esto estaba completamente vacío, y si sentía algo, no parecía provenir de algo humano...

Respiró hondo, hinchando su pecho y exhaló, viendo como su aliento formaba una pequeña nube de vapor que se esfumaba poco a poco. Giró y siguió con el recorrido hacia las últimas escaleras.

## Capítulo 15

10.

Samuel llevaba un rato en el baño. Se bajó el cierre y agarró su pequeño miembro. Estuvo un buen rato así, hasta que un chorro de orina empezó a caer y Samuel emitió un suspiro. El sonido del líquido cayendo se oía hasta afuera del baño. Entonces, entre el natural placer de orinar y la soledad, escuchó como el foco empezó a parpadear en el cuarto. Samuel se sobresaltó y la orina dejó de salir. Se apartó cerrándose el cierre y se asomó por la puerta viendo hacia el interior.

Todo parecía tranquilo, las dos camas bien tendidas, las cortinas inmóviles tapando las ventanas. El foco seguía parpadeando con más rapidez, y luego emitió un chasquido acompañado de chispas que salían disparadas, como pirotécnicos estallando.

Dio unos pasos, viendo detenidamente lo que sucedía, el ambiente se tornaba cada vez más intranquilo. Se acercó dando pasos inseguros con la mirada fija en el foco que parecía que iba a estallar en cualquier momento. Empezó a respirar sonoramente, los latidos bailaban en su pecho con fuerza, como si un bombo de marcha tocara con energía dentro de él. Siguió caminando... la puerta se cerró con fuerza detrás de él, despegó la mirada de la luz y abruptamente miró hacia el baño. El foco rechinaba y un olor desagradable inundó el cuarto, era un olor a metal quemado, y el foco explotó sobre la cabeza de Samuel.

Los fragmentos de vidrios le cayeron encima rebotando y esparciéndose en el suelo. La puerta ahora era de su atención. Una gota de sudor resbaló por un costado de su frente, y bajó, recorriendo sus mejillas y desapareciendo por su cuello. La puerta comenzó a cambiar de color, mientras el cuarto estaba completamente a oscuras. Pasó de un blanco brillante a uno opaco, luego a amarillo oscuro, y finalmente a rojo. Un rojo que se asemejaba a la sangre. En la parte inferior se formaba una mancha oscura, que crecía esparciéndose como una masa fangosa, se alargaba y tenía grumos que parecían tener vida propia. La puerta ya no parecía estar hecha de madera, sino de una carne corrompida y enferma. La mancha dejó de crecer y un hoyo se formó en el centro de esta, de él se asomaron unos dedos.

Samuel cayó en la cuenta que aquello no era para nada bueno, el sudor empezó a caer por diversas partes de su cuerpo, y sus ojos estaban completamente abiertos, los labios le temblaban, sus uñas apretaban la palma con fuerza. Observaba como una mano, blanca y sangrante salía de aquel hueco, después otra mano, luego los brazos, arrastrándose como unas grandes serpientes. Samuel intentó moverse, pero sus músculos no

reaccionaban, estaba paralizado.

Aquella cosa salía del oscuro hoyo, sin embargo lo que pasaría después rompería por completo la sensibilidad del pequeño. Los brazos salieron por completo y dos esferas salieron después. Aquellas esferas eran las cabezas de la criatura, eran calvas y pálidas, se asemejaban a un maniquí. Los brazos se alargaron más y se agarraron del suelo, se ayudó para salir más y ser expulsado del hoyo por completo.

Samuel reaccionó dando suaves pasos hacia atrás, pisando los pedazos de vidrio que estaban regados. El cuerpo seguía saliendo, y alzó sus dos cabezas. Una de ellas tenía los ojos completamente abiertos y la boca se abría formando una gigantesca o, mientras que la otra no tenía nada más que una abertura, el cual dividía su rostro en dos, y dentro de esta había dientes afilados. Samuel tropezó y cayó al suelo, sus manos se toparon con los vidrios rotos y estos se incrustaron en sus palmas, haciéndolo sangrar. Intentaba empujar su delgado cuerpo, deslizarse, sin embargo el miedo y la debilidad, combinado con el dolor producido por los vidrios no se lo permitían. Lloraba con desesperación, recordó cuando el orfanato lo trataba como un animal. Cuando sus compañeros lo golpeaban siendo más pequeño... recordó... recordó al jardinero.... al hombre malvado. Sus pequeñas manitas se aferraban a su rostro, no quería ver más. Los recuerdos más horridos siempre vuelven en el peor momento... empezó a comprender que la vida se trataba de eso... de recuerdos.

El cuerpo ya estaba hasta la mitad del tórax, solo faltaban el vientre y finalmente las piernas. De la boca de una de las cabezas expulsó un gran líquido oscuro que se esparció hasta llegar a los pies de Samuel. Siguió pataleando y aún tenía las manos apretando su rostro. «Aun así reces con toda tu alma, aun así supliques a tu Dios te haré mio... — escuchaba decir a aquel jardinero en su cabeza —si dices algo te irá peor... ¿por qué no mejor me dejas disfrutar, luego lo olvidamos y seguimos siendo amigos?...—hablaba con una amplia sonrisa dibujada en su rostro, mostraba sus dientes amarillos y se relamía los labios secos y con heridas con una lengua sucia y blanca»

El cuerpo ya se estaba librando por completo, ya se podía ayudar de las piernas para empujar, y las dos cabezas se golpeaban entre sí, gemían y vomitaban. El olor del líquido lo hacía recordar a la saliva del jardinero, putrefacta, seca y muerta. Lo sentía en sus inocentes labios, el sabor más asqueroso mezclado con el óxido de una sangre corrosiva...

Seguía gritando. La criatura había salido por completo, ahora solo se arrastraba acercándose a Samuel, estirando aquellos horribles brazos, a la vez que sus cabezas se sacudían en espasmos tan violentos que hacía

rebalsar aún más el líquido que cargaba en sus bocas.

Las lágrimas de Samuel se mezclaron con sus gritos, se metían en su boca y sentía el sabor salado, el sabor del miedo y de la frustración...

## Capítulo 16

11.

Martín ya había llegado al recibidor. Caminó por el pequeño pasillo y se alcanzó a ver la opaca luz que ingresaba por la puerta de vidrio. Tenía algo en el pecho, un sentimiento de miedo que lo consumía, como si esperaba algo tan aterrador que su alma y su mente enloquecerían un en una danza macabra.

Caminó con pasos inseguros, tragó saliva y no entendía la razón de estar así. El silencio ya le parecía incómodo, y decidió llamar a David.

— Señor David — exclamó.

No recibió respuesta, solo el siseo del aire que se encontraba atrapado en el lugar.

— Señor David, ¿está allí? —volvió a llamar.

De nuevo recibió la respuesta de la quietud.

Aún no había llegado a la sala de espera, pero sabía que allí le esperaba lo peor. ¿Qué estaba sucediendo? Decidió apretar un poco más el paso y atravesó el pasillo con rapidez, percibía sombras... sombras que pasaban por sus costados y respiros lentos... sin embargo él no podía creerse tal cosa, solo era una alucinación, un juego que su mente le estaba haciendo, y su subconsciente lo disfrutaba...

Si, ese era el morbo y el miedo trabajando juntos en una mecánica de horror, su cuerpo lo percibe, su misma persona, y eso no es agradable, pero inconscientemente le gustaba, le excitaba. Las paredes parecían perder ese lustroso blanco, y aquello resaltaba tanto como a la vez confundía, ya que todo el edificio estaba en completa oscuridad, y aun así las paredes brillaban como si gozaran de una luz creada por ellas mismas

Pero ahora, el blanco se perdía, era gris, como el color de las películas antiguas a blanco y negro. La espalda le dolía más, sentía una punzada tan fuerte que tenía el deseo de descargar la mochila. Sin embargo no podía, su cuerpo funcionaba a la primera orden, la cual era llegar de una vez al recibidor y verificar si el señor David se encontraba, o en el peor de los casos, si se encontraba bien.

Siguió. Faltaba poco para llegar a la esquina y girar, la pintura que estaba colgada en la pared de enfrente le dio escalofríos. De hecho era muy oscura, un grupo de personas encapuchadas y con túnicas largas, formando un círculo, y en medio, una camilla. Se veía el cuerpo de algún

niño o niña completamente quemado y rodeado de velas. Y lo demás, solo era un cuarto lleno de negrura.

Entonces oyó, como el disparo de una pistola, un golpe en la puerta de uno de los cuartos. Martín se volvió y buscó el origen del sonido. Su mirada se movía de un lado a otro, los nervios se convirtieron en gotas frías que bajaron de su nuca hacia el cuello, y su espalda estaba húmeda.

— Señor... David... —habló, esperando alguna respuesta.

Se quedó quieto mirando a cada puerta. Y entonces, otro golpe lo sorprendió pero esta vez a su lado. Giró su cabeza y ahogó el grito que salió de su boca. Permaneció viendo la puerta, hasta que estiró la mano para posarla sobre la manija.

— No haga eso —habló alguien.

Martín gritó esta vez, y regresó de nuevo hacia el cuadro, solo que esta vez David se encontraba parado frente a él, ocultando la tenebrosa imagen.

— No lo haga...

Martín reaccionó, su garganta estaba seca así que obligo a su lengua contraerse en el interior y generar saliva.

—Señor David... oh santo cielo estuve buscándolo por tod... —cayó, dándose cuenta del detalle.

David se agarraba la mano izquierda, y de esta salía sangre que manchaba toda su manga. Había rastros en su vientre y en su pecho, y daba el aspecto de una camisa floreada.

— Oh dios, Señor David que sucedió.

— No debiste volver...

— ¿Qué?-inquirió sorprendido.

Las palabras atravesaron su memoria como una flecha lanzada con fuerza, su padre en ese puente, su padre en el pasado... su madre...

— A qué se refiere... —contestó Martín.

Estaba débil, muy débil. Su cuerpo temblaba, y el dolor en la espalda se convirtió en algo insoportable.

- A lo que usted debe saber...Martín.
- No sé de qué...
- Por tu padre es que estamos en este infierno.
- Mi... ¿Mi padre?
- Si, fue un traidor, pero era bueno.

Martín cerró la boca... su padre, ser un traidor. Pero traidor de qué.

- ¿Mi padre fue un traidor?

— Oh —se quejó de dolor, —Tu padre pertenencia a la secta principal del pueblo, ellos manejan y manejaban todo lo que sucedía en este lugar. Solo que...al tocar sacrificar algo de su parte... no lo hizo. Querían que asesinara a uno de su hijo, y tú tenías que ser entregado al Dios de este pueblo... un demonio venido del espacio al cual le rinde homenaje. Tú, ¿conoces al Dios Samuel?

- No...

Martín ya había escuchado suficiente... ahora entendía por qué no quería que regresara a este lugar.

— Pero no te preocupes hijo, no fue una mala persona —dijo con un rictus muy doloroso y apretando la mano- conozco a tu padre, es un hombre increíble, daría la vida por ti... y lo hizo. Es perseguido por los demás miembros de la secta... y te lo advirtió... por nada del mundo debías volver. Ahora que te tienen a ti, te buscarán y cuando se encuentren te llevarán con Él y tomará forma humana en tu cuerpo.

Entonces, mientras Martín intentaba digerir lo que acababa de escuchar, David se desplomó y cayó sentado, apoyado en la pared de la pintura, aun sosteniendo su mano sangrante. Martín necesitaba saber más, toda su vida tan solo fue un espejo creado por su padre, una escena actuada... ahora comprendía porque su madre se comportaba de maneras muy extrañas... y lo peor, la última subida de una montaña rusa, el aborto de su hermano.

David empezó a llorar, y aquello espantó a Martín y decidió acercarse para ayudarlo. Corrió y se arrodillo frente a David.

— OH DIOS —exclamó Martín- ¡Donde se hizo eso!

— Ohh por favor... ayúdame duele... duele. Ahhhg

La imagen era muy fuerte, su mano estaba hecha añicos, los falanges solo eran tiras de carne desgarrada alrededor de los huesos, y algunos estaban desprendidos. Grandes formas de grasa sobresalían dando un aspecto más grotesco, era como un pastel de carne adornado de tubos, nervios, conductos, grasa y huesos.

— Oh mierda... mierda... mierda.

— Martín... por favor... si no sobrevivo... cuida a Samuel... es como mi hijito...

— No diga tonterías señor David —anunció Martín, dándose cuenta que recuperó su estabilidad, — No sé qué hacer pero... creo que debemos cortarla....

— OHHH DIOS NOO...

— Cállese, será peor.

— Prefiero morir... prefiero mo...

Martín le asestó una cachetada. Y tomó a David de las axilas, lo levanto y le ayudó a caminar.

— A donde iremos...

— Cerca hay varios restaurantes ¿no?

— Si

— Pues bien... iremos a uno y ya veremos lo que se pueda hacer.

«Samuel... por qué demora tanto», pensó antes de escuchar sus frenéticos gritos...

## Capítulo 17

12.

Acaso escuchas su llamado en tu corazón...

No lo sé, simplemente lo he estado llamando siempre.»

Sonríe lascivamente ante aquella respuesta. Lleva puesto un vestido blanco que le llega hasta los pies, Una mujer cuya palidez exalta a cualquiera y confunde, es como un maniquí, pero en sus rasgos se ven los años de maldad que habitan en su ser, Carol, la nueva encargada de la secta, se muestra muy excitada por el regreso del dichoso cuerpo que poseería el Nuevo Dios.

«Ahora sentirás su llamado...»

Dicho esto, se aparta, y de la oscuridad emergen cinco individuos vestidos con trajes negros y llevan puestos máscaras de gas. El hombre arrodillado, quien se entregó para sentir a aquel Dios en su ser, suda, como si su cuerpo estuviera expuesto a grandes cantidades de calor. Está completamente desnudo, sus brazos se extienden frente a él, levanta la cabeza hacia arriba, y mira... mira los ventanales.... a través de ellos el cielo completamente apagado, sin estrellas, sin luna.

Los seres en túnicas encienden unos sirios rojos, estos brillan incandescentes. El hombre empieza a sentir un éxtasis más fuerte, sus músculos se relajan, y siente que un aire desconocido ingresa en su ser por su boca y por su nariz. Siente que su sangre se calienta y recorre todo su cuerpo. Su pene se erecta poco a poco, lanzando exhalaciones de placer. Los seres forman un círculo alrededor suyo, y el hombre acerca sus manos a su pecho, se acaricia lentamente, pasa por los pezones pellizcándolos con placer. Luego baja, percibiendo el tacto rozándole el vello del vientre. Y entonces, sus dedos se agarran de su miembro completamente duro, el líquido pre-seminal sale como una gota de agua... mientras que de su boca, se oían enteros gemidos descontrolados.

« ¡Es hora...»

Y de la oscuridad unos sonidos ásperos se escucharon. Algo se arrastraba. Los miembros de la secta levantaron las velas en señal de reverencia, y la mujer observaba todo con una sonrisa de completa felicidad. El hombre desnudo empezó a masturbarse, pero con violencia. Lanzaba grotescos gemidos que ya escapaban de lo placentero. Su rostro brillaba por el sudor, y las velas permitían verlo con más claridad. Mientras tanto, una oración empezó a ser cantada por aquellos seres, y el ente que los

acompañaba se arrastraba de un lado a otro, mas no era visto.

Los cantos aumentaban de volumen, y de la sombra se extendió una masa rojiza, que se deslizó cual serpiente y se metió por la boca del hombre desnudo. Este dejó de moverse, y la masa entraba lentamente por su boca muy abierta. Sus ojos se enrojecieron, y su vientre se hinchaba. Las oraciones esta vez bajaban de volumen, y el pene de aquel hombre comenzó a expulsar grandes chorros de sangre. Todo su cuerpo se hinchaba conforma la masa iba ingresando, hasta que la última parte de esta entró.

El hombre se levantó, con la boca abierta y el rostro muy colorado. Se retorció, y seguía expulsando sangre. Los seres bajaron las velas, y las oraciones dejaron de ser proclamadas y cantadas. Su estómago crecía más, y mientras lo hacía, los miembros se retiraban. Las venas sobresalían de su cuerpo, de nuevo cayó de rodillas y gritó, pero esta vez se cayó con un sonido acuoso, gorgojando. Se agarró el cuello sobre su protuberante abdomen, y mientras se arañaba desesperadamente, su vientre estalló como un globo, y los órganos salieron volando cayendo al suelo, salpicando con partes de los intestinos.

La mujer al ver aquello, hizo ademán de despedirse y desapareció en la oscuridad.

El cuerpo del hombre se desplomó, y la masa desintegraba todo a su paso, haciendo que formara parte de esta. Al terminar de devorarlo por completo, se alejó, y al igual que los demás, desapareció en las sombra

## Capítulo 18

13.

— Oh no....no no no no... Samuel no...—suplicaba David — Oh Dios él no...

Martín quedó perplejo, mirando al final del pasillo, los gritos eran incesantes.

—Tengo que volver... —dijo Martín.

«Que está pasando aquí...» pensó mientras el miedo y los nervios ingresaban en su cuerpo como un montón de parásitos.

— Déjame aquí, podré resistir. Ve a salvar a Samuel antes de que esas cosas le hagan algo.

Martín tomó el brazo de David que tenía enrollado en su espalda, e hizo que se apoyara en la pared, sentado.

— Pero que cosas son... a que te refieres....

— ¡Corre!...- agregó David adolorido.

Martín corrió con el corazón latiendo como nunca, su cabeza le daba vueltas pensando en Samuel... sintió algo que nunca sintió. La preocupación por alguien. Tenía su rostro pequeño en su mente, y cada vez que lo imaginaba sufriendo, una punzada le llegaba a su corazón y sus ojos querían dilatarse para llorar. Pero no se lo permitía. Debía estar fuerte... su hijo corría peligro.

La imaginación le daba malas jugadas al tratar de recrear a que se refería David con «cosas», el tono de miedo y la inquietud con que lo decía invadía su alma y creaba una desesperante necesidad de correr con más velocidad.

Saltaba escalera por escalera, a veces dos o hasta tres. Tropezaba antes de llegar a un piso y se golpeaba las manos al tratar de agarrarse de los barandales. El sudor se le metía en los ojos y no se percató que.... tenía aun puesta la mochila. Sin embargo no le interesó en lo más mínimo aquel detalle. Seguía corriendo...

Llegó al tercer piso, cruzó el pasillo a gran velocidad, contando el número de cada cuarto....39....40...41...42... Sus piernas empezaron dar señales

de calambre, y su pecho se hinchaba con cada respiración.

43...44..., paró con brusquedad y cayó al suelo.

44...46.

«NO....»

## Capítulo 19

14.

Todo era muy confuso. El rostro de David se quedó mirando la vacía pared donde alguna vez estaba la puerta del cuarto Nro 45, mientras escuchaba los gritos de Samuel.

— NO NO NO... ¡SAMUEEEEL! — gritó con todas sus fuerzas golpeando el suelo.

Y entonces escuchó su inocente voz.

— Señor David... donde está- hablaba tembloroso y llorando, — tengo mucho miedo...

— ¡Samuel!... hijo don..donde estas...

— No sé. Todo está oscuro.

Martín se percató que la voz se colaba desde el cuarto adyacente... el cuarto Nro 44. Se levantó y se descargó la mochila, la botó al suelo y caminó hacia la puerta. Tomó la manija e intentó darle vueltas... pero esta no se movía.

«Mierda»

— ¡Samuel espérame...!.

Buscó con la mirada algo con que poder romper la perilla. Solo veía macetas y cuadros colgando de la pared... una manguera de emergencias y...

— Un extintor

Corrió tropezando con sus piernas ya débiles, rompió el vidrio con su codo y extrajo el pesado objeto. Volvió y golpeó repetidas veces la perilla. Esta, en un inicio permanecía quieta y limpia, sin embargo, al poco rato comenzó a deformarse y astillas empezaron a saltar hacia el suelo, y otras le caían en la cara, rebotando en su piel. La esfera brillante cayó al suelo y rodó hacia sus pies, dejando un hoyo oscuro en la puerta. Martín empujó y esta se abrió emitiendo un chirrido lento y grave.

Por dentro el cuarto yacía completamente oscuro. Los perfiles de los

objetos se veían como sombras puestas en distintos lugares.

— ¡Samuel! —exclamó con todas sus fuerzas.

— Señor Martín...

Su pequeña voz se oía desde la pared que daba con el desaparecido cuarto Nro 45.

— Samuel... escúchame...puedes ver algo....

— No Señor Martín, todo está oscuro, y no hay ventanas.... creo que también está vacío... —habló tembloroso.

Comenzó a idear la manera de romper la pared. Buscó el interruptor de la luz, pero al presionarlo no sucedía algo. Caminó desesperadamente por toda la pieza, tocando lo que veía, y tratando de no tropezar con cuanta cosa se encontraba. Sin embargo el tratar de hallar la solución a todo, lo envolvía en un velo de desconcierto y se sentía mareado. Entonces se le ocurrió la idea de romper la pared con el mismo extintor... o lo intentaría. Fue a buscarlo y regresó. Nuevamente inició el ritual de levantar y golpear. El metal era fuerte, y la pintura de la pared empezó a salirse. Luego, el cemento se desprendía a pedazos. No pensó en la imposibilidad de lo que estaba sucediendo... La pared cedía con algo de facilidad. Los ladrillos se podían ver al poco tiempo, y Martín seguía golpeando incesantemente.

Y cuando ya veía los bloques naranja moviéndose, el grito de Samuel lo alarmó nuevamente.

## Capítulo 20

15.

Samuel se encontraba en un cuarto anegado en una oscuridad sustancial, como si la espesa negrura tuviera vida propia, y permanecía sentado abrazando sus piernas. Cuando oyó que Martín golpeaba la pared una y otra vez tratando de romperla, se sintió un poco tranquilo... sin embargo eso se acabaría al poco rato al escuchar que algo se movía de entre lo que no era visible.

Escuchaba como algo se arrastraba, pero también como unas uñas arañaban el suelo. Intentó con todas sus fuerzas visualizar su alrededor buscando al responsable de aquel sonido... no lo veía.

\*\*\*

La forma de como Samuel quedó atrapado en aquel cuarto después de que la criatura atravesara la puerta sucedió muy rápido. Se había esfumado y Samuel se dio cuenta que ya no veía nada. Todo no era más que oscuridad. Podía ver débilmente sus manos y otras partes de su cuerpo, pero su radio visual era muy limitado. Tocó el suelo y nuevamente se hizo una herida con los vidrios del suelo... empezó a llorar hasta que escuchó a Martín desde el otro lado.

\*\*\*

Martín comenzó a romper los ladrillos. Mientras que Samuel rogaba en su mente que aquello que no podía ver no se le acercara. Sin embargo, no estaba seguro si lo que escuchaba era real.

Nuevamente abrió los ojos, intentó ver algo más no pudo. Sus sentidos lo mantenían alerta a todo, las sombras imaginarias se movían de un lado a otro, y hundió su cabeza entre sus piernas. Lloró con coraje y miedo, las lágrimas de nuevo empapaban su rostro, y con su temblorosa boca repetía el nombre de Martín.

Entre su miedo que se introducía en su inocente cabeza, recordó aquella tarde... cuando aquel sacerdote de nuevo lo buscaba.

Como, mientras se encontraba mirando por la ventana hacia el patio, el padre se le acercó por atrás y acariciaba su cabeza.

«Por qué yo no puedo salir a jugar... por qué estoy castigado...

No...No mi amor no estas castigado...»

Y se arrodilló.

«No lo estás...» y empezó a tocarlo, mientras sentía su respiración en el cuello.

Gritó nuevamente, cuando en su pequeña espalda se posó unas manos. Primero eran dos, luego cuatro y sucesivamente aumentaba... la criatura lo había atrapado...

Martín desesperado, golpeaba con más fuerza y frenesí. Y un bloque de ladrillo cayó al suelo quebrándose. Dejó a un lado el extintor y sacó ladrillo por ladrillo. Por dentro todo era oscuro, y tenía matices rojizos. Veía el perfil de Samuel en medio del cuarto.

—¡Samuel... hijo ya estoy aquí!

Samuel pareció oírlo y levantó la mirada.

—Señor Martín...— dijo y trató de pararse.

Pero algo lo tomó de la pierna y lo jaló. Cayó de rostro y empezó a ser arrastrado, pero Samuel pataleaba impidiendo a aquellas manos que lo atrajesen hacia donde había más oscuridad.

—¡NOOO!—gritó Martín, retirando con más salvajismo los ladrillos.

La grieta crecía, y podía iluminar partes de aquel cuarto... parecía estar completamente vacío, y no era específicamente un cuarto, era una especie de baño pero teñido de sangre. Samuel trataba de resistirse y zafarse de aquellas manos, sin embargo aparecían más tratando de tomarlo. Cuando la grieta era suficiente para que el cuerpo de Martín lograra entrar, se armó con el extintor, que ahora estaba deformado por varias partes, e ingresó raspándose el rostro.

Corrió, y golpeó aquellas oscuras manos. Estas se retorcían y desaparecían en la oscuridad. Tomó de los brazos a Samuel y jaló con fuerza. Los dos resbalaron y terminaron en el suelo, Martín abrazó a Samuel y se levantó cargándolo. Caminó hacia la grieta y pasó a Samuel hacia el otro lado. Samuel se ayudó de sus manos agarrándose de los ladrillos expuestos y con un saltó, logró traspasar.

Martín miró atrás, alertado por aquel sonido de la criatura moviéndose.

— Señor Martín salga antes de que lo atrape.

— Si...

Y puso una pierna, cuando algo lo atrapó por la otra. Martín giró y resbaló, su cuerpo ahora empezó a ser atraído.

— Señor Mar...

— No Samuel, no te acerques...-dijo mientras era arrastrado a la oscuridad.

Y lo vio. Vio a aquella criatura de dos cabezas caminando por el techo, retorciéndose y reptando.

— ¡Samuel vete, busca a David en el primer piso!

— Señor Martín...

— ¡AHORA!

Corrió, con el corazón débil. Las lágrimas no cesaban y solo caían motivados por el miedo.

## Capítulo 21

16.

Martín observaba como la cosa agitaba sus dos cabezas e iba de un lado a otro, desapareciendo en las sombras y volviendo cuando pasaba por las partes poco iluminadas. Lo que lo había atrapado seguía en su pierna, pero ya no apretaba ni lo atraía con fuerza. Quedó inerte.

Movió un poco su pierna, y la cosa aún seguía adherida a él. Miró a su izquierda, y allí se encontraba el extintor. Gateó, pero de nuevo empezó a apretarle. Forcejeó pero su cuerpo ya no se movía, entonces estiró el brazo con todas sus fuerzas, e hizo tanta que la vena de su frente sobresalió como nunca lo había hecho. Un dedo rozaba con la llave, pero solo eso, rozaba. Trato de elevarse, pero era imposible, así que se impulsó y logró tomarla. Se sentó y comenzó a golpear aquellas manos... las cuales se habían convertido en largos tentáculos oscuros. Cuando dio el primer golpe, aquello emitió un chillido. Y la sangre oscura le salpicó en la ropa y el rostro. Los tentáculos se soltaban poco a poco, pero dejaban una masa viscosa en su lugar, el cual emitía un hedor muy desagradable y ácido.

Logró escapar, arrastrándose por el suelo. Se paró y trató de huir por el agujero. Sin embargo, la criatura acechante cayó frente a él, impidiéndole el paso. La cosa levantó sus dos cabezas y con sus grandes brazos comenzó a acercarse. Martín retrocedía, esperando no tropezar, sin embargo el intento fue en vano cuando se topó con el pesado extintor, cayendo y golpeándose la cien.

La conmoción fue tan fuerte que oía un sonido muy agudo. Volvió la vista hacia la criatura, y esta saltó hacia Martín. Él rodó hacia su derecha, tomando de la base aquel objeto de color rojo. Se levantó lo más rápido posible, y con fuerza golpeó una de las cabezas.

—¡OH MALDITA COSA DE MIERDA!.

La criatura rugió, y se tambaleó. Cuando intentó correr, Martín le asestó un golpe en la espalda. Oyó un crujido, y de nuevo el molesto rugido. El cuerpo se desplomó, y Martín aprovechó la debilidad de éste para golpearlo nuevamente en una de sus cabezas. El movimiento constante de sus extremidades, intentando huir se hacía débil. Cuando la cabeza terminó completamente deformada, quedando en su lugar una masa sin forma y colgando, comenzó a arremeter contra la otra, el cual comenzó a chillar de una forma sobrehumana y hacia tensar los nervios en el cuerpo de Martín.

Al final, solo quedó un cuerpo inerte del cual sobresalían dos cuajos grandes de sangre oscura. Los brazos de Martín estaban muy adoloridos y los dejó descansar colgando a los lados, como si ya no sirvieran. Los jadeos de gran intensidad no paraban e hinchaban su pecho con cada respiración. Dejó caerse de rodillas y comenzó a llorar... llorar de cansancio, de miedo, y de algo que aun desconocía.

## Capítulo 22

17.

Martín cruzó la grieta. La cabeza le dolía, y sus brazos pasaron de sentir la presión de los músculos a sentirlos pesados e inmovilizados, además de un molesto cosquilleo. Caminó, la respiración había calmado. Las piernas le temblaban y tenía que apoyarse con la espalda contra la pared. Levantó la mirada hacia el techo, contemplando el opaco color blanco, la niebla había aumentado, y pequeñas motas brillantes podía ver en el ambiente

Se impulsó y siguió caminando, la sangre oscura comenzó a secarse en su piel y su ropa. Cerró los ojos, respiró hondo y al expulsar el aire comprimido vio como se mezclaba con aquella sustancia extraña. Dejó pasar muchas imágenes de su pasado, los atardeceres que morían, los olores muertos... cuando el dolor aun no se sentía, cuando aun, la verdad de todo estaba oculta.

Su garganta empezó sentirse seca, y lamió sus labios intentando lubricarlos. Pero la falta de saliva impidió que tal acción se realizara. Y al tragar saliva, sintió un leve raspado en su garganta. Se incorporó después de unos minutos y continuó. La pesadez del cuerpo era desesperante, y se percató que su brazo derecho sangraba. Lo supo al sentir un cosquilleo bajando desde su hombro hasta el codo. Se extrañó, ya que en ningún momento sintió algún corte. Siguió caminando, la respiración poco a poco fue tomando su curso normal, cruzó el umbral, agarrado del marco de la puerta, las pisadas de sus zapatos generaban ecos imposibles, de hecho por que no tenían la fuerza suficiente para provocarlos.

Si tan solo el sentido a todo le daría una respuesta contundente a lo que sucedía, si tan solo hubiera sabido que regresar no sería algo tan alegre como llegar a visitar a sus padres, darles un abrazo e irse con el corazón tranquilo reconociendo que están bien y que no necesitan de él... aún. Pero no fue así, saber que su padre era un traidor, un mentiroso... un falso, un hombre que usó la creencia católica para disfrazar su verdadera raíz religiosa, no le hacía para nada bien. Siguió caminando, la vista a veces se ponía borrosa y multiplicaba su imagen visual.

Cuando giró a la izquierda en busca de las escaleras, su cuerpo se detuvo, tembló y se desmayó golpeando el frío suelo con su rostro de costado. La herida de su brazo seguía sangrando y empapó gran parte de la ropa. para luego crear una mancha en el piso.

Su vista quedó mirando hacia la esquina, justo donde el barandal de la escalera se doblaba hacia abajo. Los párpados comenzaron a temblar, y todo lo que veía no era mas que figuras borrosas que se mezclaban con la blanca grisácea de la niebla. Oyó unos pasos subir... y la voz de su

padre hablando con alguien....

Cerró los ojos esperando que en verdad aquella voz fuera la de su padre.

## Capítulo 23

18.

Escuchaba a los lejos varias voces, la oscuridad en su mente lo había anegado por completo situándolo en un desconocido y recóndito paisaje. La voz de una mujer hablaba a lo lejos, pero esta tenía sonidos muy extraños. Podía hablar como una persona humana normal, pero en la vitalidad de su voz, en el tono, en todo tenía algo muy extraño, algo no natural como si estuviera muerta desde hace mucho.

En su mente sentía que su cuerpo reposaba sobre una lápida, y sentía el frío del concreto en su piel. Abrió los ojos. El pastizal se movía de un lado a otro, empujado por el aire que corría, pero con un olor a muerte. Se apoyó con las palmas de las manos, giró y se sentó sobre la tumba. Se tocó el brazo y se percató que ya no tenía herida alguna. Miró a su alrededor, y solo veía tumbas puestas en distintos lugares.

—Veo que ya despertaste... aunque eres consciente que esto es un sueño. ¿No es así?

Martín buscó el origen de aquella voz... muerta y sutilmente femenina. Miró en varias direcciones, y al voltearse, detrás de la lápida yacía parada la mujer, colocando sus frías y cadavéricas manos sobre la losa. Una mujer que parecía muy vieja pero a la vez demasiado joven. Sus ojos se hallaban dentro de cuencas hundidas y oscuras. Sus labios eran muy delgados y arrugados, pero eran tenían una tonalidad rojiza.

—Si... ¿Quién eres tú?

La mujer se movió, pasando por un lado y posicionándose delante de él.

-Eso no importa, tú eres el hijo del hombre que traicionó a su linaje... ahora has vuelto y tendrás la dicha de ser el nuevo individuo que le da forma al Nuevo Dios.

—¿Qué?!

—Si, estas destinado a serlo, porque él te eligió a ti.

—Elegirme a mí, de que está hablando...

—Ahora no lo entiendes. Lo entenderás muy pronto. Llegaste aquí, a la cuna de los desdichados y desgraciados. Y las respuestas a todas tus dudas serán respondidas.

Martín se incorporó, y se puso frente a ella.

—Yo no seré nada de lo que tú me dices.

—Es algo que tú no decides.

Es entonces que, de entre la espesura de la niebla, algo se movió. Una sombra oscura que se deslizó y empezó a crecer a lo lejos, apareció de la nada. El cielo de aquel lugar comenzó a oscurecerse, y el rugido de algo desconocido se oyó desde todos lados.

La mujer cerró los ojos, como si en aquella tormentosa escena encontraba una paz única. El viento aumentaba su velocidad, y todo se agitaba con violencia. La sombra comenzó a acercarse, y parecía ser un humano gigantesco.

Martín tuvo que entrecerrar los ojos para mirar más allá de unos cuantos metros. Detrás de aquella mujer que permanecía parada con los ojos cerrados, y mostrando una sonrisa que le dio un tipo de repugnancia a Martín, ya que la forma de los labios estirados tenía un aire muy grotesco, la sombra seguía creciendo, amenazando con alcanzarlos en cualquier momento.

Levantó la mirada, y advirtió que unas nubes muy oscuras se juntaban y generaban relámpagos blancos. Martín empezó a sentir el cuerpo muy pesado, y los párpados se cerraban con lentitud. La esencia de las nubes se concentró por un momento en el medio, y luego se extendía por los alrededores para luego bajar a la superficie.

La criatura seguía detrás de la mujer, pero ya no se movía. Y las nubes negras ya comenzaban a tapar gran parte del cementerio, Martín cayó de rodillas, y lo último logró ver fue una parte de aquella monstruosidad. En realidad no era un gigante humano, sino un cuerpo gigantesco sin piernas, pero con dos brazos muy largos, con los cuales podía trasladarse.

Solo aquel brillo... un brillo rojizo entre la oscuridad le dio un miedo bastante grande. Un brillo que se apagó, u volvió a encenderse como un faro. Cerró por última vez los ojos y nuevamente cayó sobre el suelo.

## Capítulo 24

19.

«Hijo...»

Sintió una gota húmeda bajar desde la comisura de la boca y quedar en el mentón. Abrió los ojos levantándose al instante. Todo se quedó borroso por un instante, un dolor punzante atravesó su cabeza, puso su mano en el lugar adolorido y arrugó el rostro mostrando mucho dolor.

¿Acaso lo ocurrido en la mañana fue real?, no podía ser, esas cosas que aparecieron en el oscuro cuarto no debían ser reales. Sin embargo el dolor en todo su cuerpo le decía todo lo contrario. Samuel había corrido peligro... y David... su mano completamente destrozada...

—No...— gimió.

Cuando la vista se le iba aclarando y el dolor se amortiguaba, quitó su mano y revisó su alrededor con la mirada. Había mesas, sillas y dos grandes ventanas, estaba dentro de uno de los restaurantes de la calle. Él estaba sentado en el suelo. Se paró, con las piernas adormecidas, lo cual lo obligó a apoyarse sobre una de las sillas que estaba separada de su respectiva mesa. Su abrigo estaba a medio quitarse, ya que la manga del brazo derecho colgaba en su espalda, y recordó la herida que se había hecho en su brazo. Al verse, comprobó que la herida seguía ahí, pero vendada.

El hormigueo de las piernas desapareció, y se arregló el abrigo.

—Vaya, por fin despertaste.

Martín giró, y vio a David... pero el detalle que lo aterró era ver que su mano izquierda ya no estaba en su lugar, Solo veía el vendaje presionando su brazo amputado.

—Dios... señor David su...—habló con horror.

—Si... la perdí.- comentó, saliendo de la cocina y caminando hacia Martín.—O era morirme desangrado o vivir sin mi ayudante zurda... preferí lo segundo. Además, tengo una vida desgraciada, pero aun no quiero morirme.

—Vaya, que valiente...- agregó Martín.

—Sí, sé que en el hotel decía todo lo contrario, pero esa ha sido mi reacción desde siempre a estos tipos de casos.- dijo David.

Cuando llegó frente a Martín, le ofreció un pequeño paquete de galletas.

—Come esto por mientras... Liz está preparando el desayuno.

—¿Liz?

—Oh... la camarera que conociste anoche. Nos salvó.

Entonces Martín evocó la voz de su padre, subiendo por las escaleras.

—Oí a mi padre... antes de desmayarme...

—¿Enserio? No hallamos a nadie más. Estabas solo tirado en el suelo.

David se sentó en una silla para poder conversar con Martín.

—Tráete una silla y siéntate.

—¿Samuel?, dónde está...

—Está en la cocina ayudando a Liz, se llevan muy bien.

La preocupación de Martín había desaparecido, pero no del todo. Con solo saber que Samuel se hallaba bien era suficiente para por fin sentarse a conversar. Tomó la misma silla en la cual se apoyó y se sentó.

—Debo decirte un par de cosas...

—No, tienes que explicarme que está sucediendo aquí.... por qué- dijo señalando hacia la ventana, dirigiéndose a la espesa niebla con pequeños y luminosos puntos- eso está allí. Y también, que sabes sobre mi padre.

—Es eso de lo que tengo que hablarte. Pero necesito que abras tu mente para lo que te voy a decir...

—Después de lo que pasó... no creo que algo pueda sorprenderme más- dijo Martín. Sintiendo otra fuerte punzada en su cabeza.

Miró hacia los ojos de David y preguntó.- También quiero que me

expliques que era esa criatura... y como supiste que había algo...

—No comas ansias hijo, tal vez escuches cosas que no quisiste haber escuchado.

—Bueno, desde el comienzo.

David acomodó su brazo sin mano, mientras que con la derecha buscó algo en su bolsillo y sacó un cigarrillo. Lo encendió con la única mano que tenía y empezó.

## Capítulo 25

20.

David miraba fijamente a Martín mientras iniciaba la conversación, En un principio sintió la sensación de no querer oír algo de lo que David quería decirle. Pero el hecho de venir hasta este lugar y toparse con un montón de cosas que le hacían cuestionar de todo, de muchas cosas, hasta de su propia familia.

—Martín, antes de iniciar con lo principal. ¿Por qué regresaste?

—Bueno... en realidad quería visitar a mis padres.

—Pero tu padre te había advertido que no vinieras a este lugar...

Martín bajó la mirada y respondió.

—No podía más, necesitaba verlos... en especial a mi madre, ella...

—Tu madre falleció.

La noticia pareció abrirse como una gigantesca boca y devorar a Martín en un sinfín de sentimientos malos y aterradores. David vio su mirada, estaba conmocionado y no quería creerlo.

—Tu madre enloqueció por completo después de tu partida. Hubo un tiempo que logró comportarse, pero con el tiempo cayó de nuevo en un sinfín de crisis y trastornos.

—Pero... que era lo que pasó... realmente no comprendo.

La voz le temblaba, los labios vibraban como lo haría un teléfono en la soledad. La tristeza tomó lugar en su pecho, nunca... nunca pudo pedirle perdón a su madre o decirle un último adiós.

— Bueno, nadie sabe que pasaba exactamente, los doctores que la atendían no decían nada y solo tu padre era consciente de todo lo que ocurría con ella. Siempre que alguien le preguntaba por ella, el respondía que tenía una enfermedad mental, y que es un sufrimiento inimaginable, y al final, con toda la información que lograron reunir entre los que se interesaban en el caso, sacaron a la luz esta teoría. Tu madre había enloquecido después del incidente de la plaza que tuvo contigo, y que el asesinato prematuro de tu hermano fue la gota que colmó el vaso. Luego todo es conocido, poco a poco enloqueció hasta morir internada en el centro psiquiátrico. Yo... yo la vi dar su último respiro. Y el velorio fue el

más triste que he visto en toda mi vida.

Algunas lágrimas caían del rostro de Martín, imaginándose todo, a su madre, echada en una cama blanca, con personas viéndola alrededor. Delgada y extremadamente deshidratada, respirando con dificultad por su boca que llevaba los labios muy arrugados y secos, pero aun moviendo los ojos de un lado a otro con mucha energía.

Levantó el brazo agarrando la manga y se secó las lágrimas.

— Tu padre era mi amigo, y al sentirse solo no sabía a quién recurrir. Si no fuera por mí ahora sería un hombre perdió en el alcohol o hasta tal vez, en las drogas.

— ¿Ahora? —, preguntó alzando la mirada con un brillo esperanzador.- Mi padre sigue vivo...

David se aclaró la garganta.

—No lo sé hijo... no te lo puedo asegurar a ciencia cierta. Solo sé que desapareció dos días antes de tu llegada. Pero lo extraño es que nadie se percató de su falta, y cuando le preguntaba a la gente que vivía cerca a su casa, respondían con cierto ademán de confusión, afirmando que él estaba en su casa y lo habían visto. Fui a la comisaria para poder registrarlo como desaparecido, pero simplemente no querían por la misma razón... decían haberlo visto en su casa y hasta lo saludaron. Me tomaron como un loco y me botaron. Entonces decidí entrar a su casa y descubrí un detalle aterrador. Un hombre estaba sentado en el sillón, pero mirando hacia el jardín. Tenía el aspecto de tu padre... pero no era él.

Martín frunció el entrecejo con los ojos dilatados y rojos.

## Capítulo 26